Joseph

Conrad

El duelo

Biblioteca Conrad

Alianza Editorial



Los duelistas”, o “El duelo”, o “Una cuestión de honor”, que por todos esos títulos se conoce esta breve novela de Conrad, narra la historia de un duelo entre dos oficiales de la Grande Armée que, por azares del destino, se prolonga por más de 15 años. Durante este período, que coincide con las campañas napoleónicas y la caída del emperador, seremos testigos de las andanzas de los tenientes de húsares Feraud y D’Hubert mientras recorren el continente de batalla en batalla y de duelo en duelo: Austerlitz, Jena, España, Rusia, Leipzig, los Cien Días. Paradójicamente, al mismo tiempo que intentan acabar el uno con el otro cada vez que tienen ocasión, durante sus andanzas militares llegan a combatir espalda con espalda e incluso a salvarse la vida mutuamente.



Joseph Conrad

El duelo

ePUB v1.1

bug.34 25.02.13

Título original: *The duel*
Joseph Conrad, 1907
Traducción: Arturo Agüero Herranz
Diseño/retoque portada: bug.34

Editor original: bug.34 (v1.0)
ePub base v2.1

Capítulo I

Napoleón I, cuya carrera fue una especie de duelo contra la Europa entera, desaprobaba los lances de honor entre los oficiales de su ejército. El gran emperador militar no era un espadachín y tenía bien poco respeto por las tradiciones.

Sin embargo, la historia de un duelo, que adquirió caracteres legendarios en el ejército, corre a través de la epopeya de las guerras imperiales. Ante la sorpresa y la admiración de sus compañeros de armas, dos oficiales, cual lunáticos artistas que intentaran dorar el oro o endulzar la miel, prosiguieron una contienda privada a través de esos años de universal carnicería. Eran oficiales de caballería, y su contacto con el brioso y altivo animal que conduce a los hombres a la batalla parece particularmente apropiado al caso. Seria difícil imaginar como héroes de esta leyenda a dos oficiales de infantería, por ejemplo, cuya fantasía se encuentra embotada por las marchas excesivas, y cuyo valor ha de ser lógicamente de una naturaleza más laboriosa. En cuanto a los artilleros e ingenieros, cuya mente se conserva serena gracias a una dieta de matemáticas, es simplemente imposible imaginarlos en semejante trance.

Se llamaban estos oficiales Feraud y D'Hubert, y ambos eran tenientes de un regimiento de húsares, aunque no del mismo destacamento.

Feraud se encontraba ocupado en el servicio del cuartel, pero el teniente D'Hubert tenía la suerte de hallarse agregado a la comitiva del general comandante de la división como *officier d'ordonnance*. Esto sucedía en

Estrasburgo, y en esta agradable e importante guarnición disfrutaban ampliamente de un corto intervalo de paz. Y aunque ambos eran de carácter intensamente guerrero, gozaban de este periodo de calma, durante el que se afilaban las espadas y se limpiaban los fusiles; quietud grata para el corazón de un militar y sin desmedro para el prestigio de las armas, especialmente porque nadie creía en su sinceridad ni en su duración.

Bajo estas históricas circunstancias, tan favorables para la justa apreciación del solaz militar. en una hermosa tarde, el teniente D'Hubert se dirigió por una tranquila callejuela de los alegres suburbios hacia las habitaciones del teniente Feraud, que residía en una casa particular con un jardín al interior, propiedad de una anciana solterona.

Su llamado a la puerta fue instantáneamente contestado por una joven ataviada con traje alsaciano. Su tez lozana y sus largas pestañas, bajadas con modestia ante el apuesto oficial, obligaron al teniente D'Hubert, siempre sensible a las emociones estéticas, a suavizar la fría y severa, gravedad de su rostro. Al mismo tiempo, observó que la muchacha llevaba sobre el brazo un par de pantalones de húsar, azules, con raya roja.

—¿Está el teniente Feraud? —preguntó con suavidad.

—No, señor. Salió esta mañana a las seis.

La hermosa criada trató de cerrar la puerta. Oponiéndose a su movimiento con suave firmeza, el teniente D'Hubert entró al vestíbulo haciendo tintinear las espuelas.

—Vamos, querida. No me va a decir usted que no ha vuelto desde esta mañana a las seis.

Al decir estas palabras, el teniente D'Hubert abrió sin ceremonias la puerta de un cuarto tan ordenado y confortable que sólo la presencia delatora de botas, uniformes y accesorios militares lo convencieron de que se encontraba en el dormitorio del teniente Feraud. Al mismo tiempo adquirió la certidumbre de que éste no se encontraba en casa. La veraz criada lo había seguido y elevaba hacia él sus cándidos ojos.

—¡Mmm! —farfulló el teniente D'Hubert muy desconcertado, pues ya había visitado todos los lugares donde pudiera encontrarse un oficial de húsares en una hermosa tarde.

—De manera que ha salido. ¿Y sabe usted, por casualidad, querida, dónde fue esta mañana a las seis?

—No —contestó ella rápidamente—. Anoche llegó muy tarde, y lo sentí roncar. Lo oí trajinar cuando me levanté a las cinco. Se puso su uniforme más viejo y salió. Asuntos de servicio, supongo.

—¿De servicio? De ninguna manera —exclamó el teniente D'Hubert—. Sepa, usted, ángel mío, que esta mañana salió a hora tan temprana a batirse en duelo con un civil.

Ella recibió la noticia sin un estremecimiento siquiera de sus obscuras pestañas. Era evidente que consideraba los actos del teniente Feraud muy por encima de toda critica. Sólo levantó un momento los ojos con mudó sorpresa, y el teniente D'Hubert dedujo, de esta ausencia de emoción, que ella había visto al teniente. Feraud después de su salida matinal. Recorrió el aposento con la mirada.

—¡Vamos! —le dijo con confidencial familiaridad—. ¿No se encontrará por acaso en algún sitio de la casa?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Tanto peor para él! —comentó el teniente D'Hubert en un tono de absoluto convencimiento—. Pero estuvo esta mañana en la casa.

Esta vez la hermosa criada asintió levemente.

—¡Estuvo aquí! —exclamó D'Hubert—. ¿Y volvió a salir? ¿Para qué? ¿Por qué no se quedó tranquilamente en la casa? ¡Qué loco! Mi querida niña…

Su natural bondad de espíritu y un fuerte sentido de solidaridad hacia el compañero agudizaban el poder de observación del teniente D'Hubert. Imprimió a su voz la más persuasiva suavidad y, observando los pantalones de húsar que la muchacha aun sostenía, explotó el interés que ella demostraba en el bienestar y la dicha del teniente Feraud. Fue enérgico y convincente. Empleó sus bellos ojos bondadosos con excelentes resultados. Su ansiedad por encontrar al teniente Feraud, por el propio bien del oficial, venció por fin la resistencia de la joven. Desgraciadamente no tenía mucho que decir. Feraud había regresado a la casa poco antes de las diez, se dirigió directamente a su dormitorio y se echó sobre la cama para reanudar el sueño

interrumpido. Lo había oído roncar más fuerte que antes, hasta muy avanzada la tarde. Luego se levantó, vistió su mejor uniforme y salió. Era todo lo que ella sabía.

Levantó los ojos y el teniente D'Hubert los escrutó con incredulidad.

—Es increíble. ¡Salir a pavonearse por la ciudad con su mejor uniforme! Mi querida niña, ¿no sabe acaso que esta mañana atravesó a ese civil de parte a parte con su sable? Lo traspasó como quien ensarta una liebre.

La hermosa criada escuchó la horrible noticia sin manifestar la menor aflicción. Pero apretó los labios con gesto pensativo.

—No anda paseando por la ciudad —observó en voz baja—. Lejos de ello.

—La familia del civil ha formado un tremendo escándalo —continuó el teniente D'Hubert siguiendo el curso de sus pensamientos—. Y el general está indignado. Se trata de una de las familias más influyentes de la ciudad. Feraud debió, por lo menos, permanecer a mano…

—¿Qué le hará el general? —inquirió la joven con angustia.

—Puedo asegurarle que no le cortará la cabeza —gruñó D'Hubert—. Su proceder es perfectamente censurable. Esta clase de bravatas le acarreará un sinfín de complicaciones.

—Pero no anda pavoneándose por la ciudad —insistió la criada en un tímido murmullo.

—Tiene razón. Ahora que lo pienso, no lo he visto por ninguna parte. ¿Pero qué se ha hecho?

—Fue a hacer una visita —sugirió la criada al cabo de un momento de silencio.

El teniente D'Hubert se sobresaltó.

—¿Una visita? ¿Quiere usted decir que ha ido a visitar a una dama? ¡Qué desfachatez tiene este hombre! ¿Y cómo lo sabe, querida?

Sin disimular su femenino desprecio por la lentitud de la imaginación masculina, la bella criada le recordó que el teniente Feraud se había puesto su mejor uniforme antes de salir. También se había ataviado con su más flamante. dolmán, agregó en un tono que hacia pensar que esta

conversación comenzaba a exasperarla, y se volvió bruscamente de espaldas.

Sin poner en duda la exactitud de la información, el teniente D'Hubert no comprendió de inmediato que lo adelantaba mucho en su misión oficial. Pues su búsqueda del teniente Feraud tenia, en efecto, un carácter oficial. No conocía a ninguna de las mujeres a quien este individuo, que esa misma mañana había herido gravemente a un hombre, pudiera visitar por la tarde. Ellos dos se conocían apenas. Perplejo se mordía el dedo enguantado.

—¡Una visita! —exclamó—. ¡Iría a visitar al diablo!

Volviéndole la espalda mientras doblaba los pantalones de húsar sobre una silla, la muchacha protestó con una risita irritada:

—¡No, por Dios! Fue a visitar a Madame de Lionne.

El teniente D'Hubert lanzó un suave silbido. Madame de Lionne era la esposa de un alto funcionario, mantenía un concurrido salón y tenía fama de elegante y erudita. El marido era un civil ya anciano, pero el salón era de carácter militar y juvenil. El teniente D'Hubert no silbó porque le desagradara perseguir hasta aquel recinto al teniente Feraud, sino porque habiendo llegado hacía poco tiempo a Estrasburgo, no había tenido ocasión aún de procurarse una tarjeta de presentación para Madame de Lionne. «¿Y qué estaría haciendo ahí aquel fanfarrón de Feraud?», pensó. No le parecía la especie de hombre apropiada para…

—¿Está segura de lo que dice? —preguntó el teniente D'Hubert.

La muchacha lo estaba. Sin volverse para mirarlo, le explicó que el cochero de la casa vecina conocía al *maitre d'hótel* de Madame de Lionne. Por este conducto, ella obtenía sus informaciones. Y estaba absolutamente segura. Al hacer esta afirmación, suspiró. El teniente Feraud iba allá casi todas las tardes, agregó:

—¡Ah! ¡Bah! —exclamó irónicamente el teniente D'Hubert. Su opinión sobre Madame de Lionne descendió varios grados. El teniente Feraud no parecía un individuo particularmente merecedor del aprecio de una mujer que se reputaba inteligente y elegante. Pero no había nada que hacer. En el fondo, todas eran iguales, mucho más prácticas que idealistas. Pero el teniente D'Hubert no se dejó distraer por estas reflexiones.

—¡Truenos y centellas —exclamó en voz alta—. El general va allí a veces. Si por desgracia lo encuentra ahora haciéndole la corte a una dama, se armará un escándalo. Le puedo asegurar que nuestro general no goza de un carácter fácil.

—¡Apresúrese, entonces! ¡No se quede aquí parado, ya que le he dicho dónde se encuentra! —gritó la muchacha, enrojeciendo hasta los ojos.

—Gracias, querida. No sé qué habría hecho sin usted.

Después de manifestarle su agradecimiento en una forma agresiva, que al principio fue violentamente resistida, pero luego tolerada con una rígida y aun más desagradable indiferencia, el teniente D'Hubert se marchó.

Con aire marcial y abundante tintinear de espuelas y sables, avanzó rápidamente por las calles. Detener a un compañero en un salón donde no era conocido, no lo incomodaba en lo más mínimo. El uniforme es un pasaporte. Su situación como *oficier d'ordonnance* del general le añadía aplomo. Además, ahora que sabía dónde encontrar al teniente Feraud, no le quedaba otra alternativa. Era asunto de servicio.

La casa de Madame de Lionne presentaba un aspecto imponente. Abriéndole la puerta de un gran salón de reluciente suelo, un criado de librea lo anunció y se apartó en seguida para darle paso. Era día de recepción. Las damas lucían enormes sombreros recargados con profusión de plumas; con sus cuerpos enfundados en vaporosos vestidos blancos, suspendidos desde las axilas hasta la punta del escotado zapato de raso, semejaban frescas ninfas en medio de un despliegue de gargantas y brazos desnudos. En cambio los hombres que con ellas departían estaban ataviados con pesados ropajes multicolores, con altos cuellos hasta las orejas y anchos fajines anudados a la cintura. El teniente D'Hubert cruzó airosamente la sala inclinándose reverente ante la esbelta forma de una mujer recostada en un diván, le presentó las excusas por su intrusión, que nada podría justificar si no fuera la extrema urgencia de la orden oficial que debía comunicar a su camarada Feraud. Se proponía regresar en una oportunidad más normal para disculparse por interrumpir la interesante plática…

Antes de que terminara de hablar, la dama extendió hacia él, con exquisita languidez, un bello brazo desnudo. Respetuosamente rozó la mano

con sus labios e hizo la observación mental de que era huesuda. Madame de Lionne era una rubia de cutis maravilloso y rostro alargado.

—*C'est ça*! —dijo con una sonrisa etérea que descubría una hilera de anchos dientes—. Venga esta noche a defender su causa.

—No faltaré, madame.

Entretanto, magnifico en su flamante dolmán y sus relucientes botas, el teniente Feraud se mantenía sentado a corta distancia del diván, con una, mano apoyada en el muslo y la otra atusando la retorcida guía del mostacho. Respondiendo a una significativa mirada de D'Hubert, se levantó con desgano y lo siguió al hueco de una ventana.

—¿Qué desea de mí? —preguntó con asombrosa indiferencia.

El teniente D'Hubert no podía comprender que, con plena inocencia y total tranquilidad de conciencia, el teniente Feraud considerara su duelo desde un punto de vista en el cual no figuraban el remordimiento ni siquiera el temor racional a las consecuencias posibles. Había escogido por padrinos a dos experimentados amigos. Todo se había hecho de acuerdo a las reglas que rigen esta clase de aventuras. Además, es evidente que los duelos se llevan a cabo con el propósito deliberado de, por lo menos, herir a alguien, cuando no de matarlo. El civil resultó herido. También eso estaba en orden. El teniente Feraud se sentía perfectamente tranquilo; pero D'Hubert tomó su calma por afectación, y le habló con cierta viveza.

—El general me ha enviado para ordenarle que se retire inmediatamente a sus habitaciones y que permanezca allí estrictamente arrestado.

Tocaba ahora al teniente Feraud el sentirse asombrado.

—¿Qué diablos me dice usted? —murmuró débilmente, y se sumió en tan honda reflexión, que sólo pudo seguir mecánicamente los movimientos del teniente D'Hubert.

Los dos oficiales —el uno alto, de facciones interesantes y con unos bigotes color maíz; el otro bajo, macizo, con una nariz ganchuda y una masa de cabellos negros y crespos— se acercaron a la dueña de casa para despedirse Mujer de gustos eclécticos, Madame de Lionne sonrió a ambos oficiales con imparcial sensibilidad y una igual participación de Interés. Madame de Lionne disfrutaba de la infinita variedad de la especie humana.

Todos los ojos siguieron a los oficiales que salían, y cuando se hubieron alejado, uno o dos de los invitados que ya habían tenido conocimiento del duelo comunicaron la noticia a las frágiles damas que la acogieron con débiles exclamaciones de humana comprensión.

Entretanto, los dos húsares caminaban juntos: el teniente Feraud esforzándose en captar las razones ocultas de los sucesos que en esta oportunidad escapaban al dominio de su inteligencia; el teniente D'Hubert fastidiado con el papel que se le había asignado, pues las instrucciones del general puntualizaban claramente que debía atender, en persona, a que el teniente Feraud cumpliera con exactitud e inmediatamente las órdenes impartidas.

«Al parecer, el jefe conoce bien a este animal», pensó, observando a su compañero, cuya cara redonda, redondos ojos y hasta los retorcidos bigotes, parecían animados por la exasperación mental que le producía lo incomprensible.

Luego en voz alta manifestó en tono de reproche:

—El general está indignado con usted.

El teniente Feraud se detuvo bruscamente al borde de la acera y exclamó con acento de indudable sinceridad:

—¿Pero por qué diablos está indignado?

La inocencia de espíritu del fiero gascón se reflejó en el gesto desesperado con que se cogió la cabeza, como para impedir que estallara de perplejidad y confusión.

—Por el duelo —dijo cortante el teniente D'Hubert. Se sentía profundamente molesto por lo que consideraba una farsa perversa.

—¡El duelo! El…

El teniente Feraud pasó de un paroxismo de asombro a otro. Dejó caer las manos y se echó a andar lentamente, tratando de ajustar la información que se le daba a su actual estado de ánimo. Era imposible. Entonces prorrumpió indignado:

—¿Iba yo a dejar que aquel inmundo conejo civil se limpiara las botas con el uniforme del 7º Regimiento de Húsares?

El teniente D'Hubert no podía permanecer insensible a este simple argumento. El individuo era un loco, pensó, pero de todos modos había mucho de razón en lo que decía.

—Naturalmente no sé hasta qué punto su acto sea justificado —empezó conciliador—. Y acaso el mismo general no esté bien informado. Esa gente lo tiene aturdido con sus lamentaciones.

—¡Ah! El general no está bien informado —masculló el teniente Feraud, apresurando el paso a medida que aumentaba su cólera ante la injusticia de su destino—. No está bien… ¡Y, sin embargo, ordena que se me arreste, con sólo Dios sabe qué consecuencias!

—No se exalte así —le reconvino el otro—.

La familia de su adversario es muy influyente y el asunto está tomando mal cariz. El general tuvo que atender inmediatamente sus quejas. No creo que tenga intención de ser demasiado severo con usted. Pero lo mejor que puede hacer es mantenerse retirado por algún tiempo.

—Estoy muy agradecido al general —murmuró rabiosamente entre dientes el teniente Feraud—. Y tal vez se le ocurra que también debo estarle agradecido a usted…, por la molestia que se ha dado en ir a buscarme al salón de una dama que…

—Francamente —lo interrumpió el teniente D'Hubert con una sonrisa ingenua—, me parece que debiera estarlo. No sabe cuánto me costó averiguar dónde se encontraba. No era precisamente el lugar donde debía usted lucirse en las presentes circunstancias. Si el general lo hubiera sorprendido allí, haciéndole la corte a la diosa del templo… ¡Oh, Dios mío!… Usted sabe que detesta que lo molesten con quejas de sus oficiales. Y esta vez el caso tenía, más que nunca, los caracteres de una simple baladronada.

Los dos oficiales habían llegado ya a la puerta de calle de la casa donde vivía el teniente Feraud. Este se volvió hacia su acompañante.

—Teniente D'Hubert —dijo—; tengo que decirle algo que no podría exponer aquí en la calle. No puede usted negarse a subir.

La hermosa criada había abierto la puerta. El teniente Feraud pasó como una exhalación junto a ella, que levantó los ojos para dirigir una angustiada

e interrogadora mirada al teniente D'Hubert, el cual se limitó a encogerse ligeramente de hombros mientras seguía a. su compañero con cierta reticencia.

Ya en su aposento, el teniente Feraud se desabrochó el dolmán, lo lanzó sobre la cama y, cruzando los brazos sobre el pecho, se volvió hacia el otro húsar.

—¿Cree usted que soy hombre que se resigne mansamente a una injusticia? —preguntó en tono enfático.

—¡Oh, sea razonable! —aconsejó el teniente D'Hubert con alguna irritación.

—¡Soy razonable! ¡Soy perfectamente razonable! —replicó el otro, esforzándose en dominarse—. No puedo pedir explicaciones al general por su proceder, pero usted va a responderme por su propia conducta.

—No tengo por qué escuchar sus tonterías —murmuró el teniente D'Hubert con una leve mueca desdeñosa.

—¿Conque lo llama tonterías? Me parece que he hablado bien claro, a menos que usted no entienda el francés.

—¿Qué significa todo esto?

—¡Significa —gritó súbitamente el teniente Feraud— que le voy acortar a usted las orejas para que aprenda a no molestarme más con las órdenes del general cuando estoy en compañía de una dama!

Un profundo silencio siguió a esta loca declaración, y, por la ventana abierta, el teniente D'Hubert escuchó el tranquilo canto de los pájaros. Tratando de conservar la calma, dijo entonces:

—¡Vamos! Si lo toma así, por supuesto, estaré a su disposición en cuanto esté en libertad de atender a este asunto; pero no creo que pueda cortarme las orejas.

—Voy a atender este asunto inmediatamente —declaró el teniente Feraud, con truculento énfasis—. Si esperaba ir esta noche a exhibir su gracia y donaire en el salón de Madame de Lionne, estaba muy equivocado.

—En realidad es usted un individuo intratable —dijo el teniente D'Hubert, que comenzaba a exasperarse—. Las órdenes que el general me dio fueron de arrestarlo y no de trincharlo en lonjas, ¡Hasta luego!

Y volviendo la espalda al pequeño gascón que, siempre sobrio en la bebida, parecía haber nacido ebrio por el sol de su tierra de viñas, el nórdico, que en algunas ocasiones era buen bebedor, pero poseía el temperamento sereno que abunda bajo los lluviosos cielos de Picardía, se dirigió hacia la puerta. Pero al escuchar el inconfundible chirrido de una espada al ser desenvainada, no le quedó más remedio que detenerse.

«¡Que el diablo se lleve a este loco meridional!», pensó, dándose vuelta y observando con frialdad la agresiva actitud del teniente Feraud, con una espada desnuda en la mano.

—¡Ahora! ¡Ahora! —tartamudeaba éste, fuera de sí.

—Ya le di mi respuesta —dijo el otro, con admirable dominio.

Al principio, D'Hubert sólo se había sentido molesto y un tanto divertido; pero ya comenzaba su rostro a nublarse. Se preguntaba seriamente qué podría hacer para salir del paso. Era imposible huir de un hombre armado, y, en cuanto a batirse con él, le parecía perfectamente absurdo. Aguardó un momento y luego dijo exactamente lo que pensaba:

—¡Dejemos esto! No voy a batirme con usted. No quiero ponerme en ridículo.

—¡Ah! ¿No quiere? —silbó el gascón—. Supongo que preferirá usted que se le deshonre. ¿Oye lo que le digo?… ¡Que se le deshonre!… ¡Infame! ¡Infame! —gritaba, empinándose, y con el rostro congestionado.

En cambio, por un momento, el teniente D'Hubert palideció intensamente al escuchar el desagradable epíteto, pero en seguida se sonrojó hasta la raíz de sus rubios cabellos.

—¡Pero si no puede salir a batirse puesto que se encuentra arrestado, demente! —objetó con indignado desprecio.

—Tenemos el jardín; es lo bastante grande para tender allí su largo esqueleto —vociferó el otro, con tal violencia, que, hasta cierto punto, el enojó del otro se aplacó ligeramente.

—Esto es perfectamente absurdo —contestó, pensando con satisfacción que había encontrado la forma de salir del paso—. No lograremos nunca que alguno de nuestros camaradas nos sirva de padrino. Es ridículo.

—¡Padrinos! ¡Al diablo con los padrinos! No los necesitamos. No se preocupe por ello. Le mandaré un mensaje a sus amigos para que vengan a enterrarlo cuando haya terminado con usted. Y si desea testigos, le mandaré decir a la vieja solterona que se asome por la ventana que da al jardín. ¡Vamos! Allí está el jardinero. Nos bastará con él. Es sordo como una tapia, pero tiene dos buenos ojos en la cabeza. ¡Sígame! Ya le enseñaré, oficialito de Estado Mayor, que el transmitir las órdenes de un general no es siempre un juego de niños.

Mientras así peroraba, se había desabrochado la vaina vacía de la espada. La lanzó bajo la cama y bajando la punta del arma, pasó como una tromba junto al perplejo teniente D'Hubert, gritando:

—¡Sígame!

Apenas abrió la puerta se escuchó una leve exclamación, y la hermosa criada, que había estado escuchando por la cerradura, se apartó cubriéndose los ojos con las palmas de las manos. Feraud no manifestó haber advertido su presencia, pero ella corrió tras él y le cogió el brazo izquierdo. El la empujó a un lado y entonces la muchacha se precipitó sobre D'Hubert y se apoderó de la manga de su uniforme.

—¡Malvado! —sollozó—. ¿Para esto lo andaba buscando?

—¡Suélteme! —suplicó el teniente D'Hubert, tratando de desasirse suavemente—. Esto es como estar en un manicomio —protestó exasperado —. Por favor, déjeme; no le haré ningún daño.

Una amenazadora carcajada de Feraud sirvió de comentario á este consuelo.

—¡Vamos! —gritó, dando una patada en el suelo.

Y el teniente D'Hubert lo siguió. No podía hacer otra cosa. Sin embargo, como prueba de su cordura, se ha de dejar constancia de que, al pasar por el vestíbulo, la idea de abrir la puerta y precipitarse a la calle se presentó a este valiente joven, aunque, naturalmente, la rechazó al punto, pues estaba seguro de que el otro lo perseguiría sin vergüenza ni piedad. Y la posibilidad de que un oficial de húsares fuera perseguido por las calles por otro, con una espada en la mano,. no podía considerarse seriamente ni un instante siquiera. De manera que siguió hacia el jardín. Tras él avanzaba

lloriqueando la muchacha. Con los labios secos y los ojos desorbitados por el pánico, cedía al impulso de una espantosa curiosidad. También pensaba que si fuera necesario podría interponerse entre el teniente Feraud y la muerte.

Completamente ignorante de los hombres que se acercaban, el jardinero sordo continuó regando sus flores hasta que el teniente Feraud le golpeó la espalda. Al ver bruscamente a su lado a un individuo furioso, con una espada desnuda en la mano, acometido por violento temblor, el pobre viejo soltó la regadera. Inmediatamente el teniente Feraud la lanzó lejos de una rabiosa patada y cogiendo al jardinero por la garganta lo colocó de espaldas contra un árbol. Lo sostuvo allí gritándole al oído:

—¡Quédate aquí y mira! ¿Comprendes? ¡Tienes que mirar! ¡No te atrevas a moverte de este sitio!

El teniente D'Hubert avanzó lentamente por el sendero, desabrochándose el dolmán con evidente contrariedad. Aun entonces, con la mano sobre la empuñadura de la espada, titubeó en desenvainarla, hasta que un grito de: «En Barde, fichtre! ¿Para qué cree que ha venido aquí?», casi simultáneo al ataque del adversario, lo obligaron a colocarse lo más rápidamente posible en actitud defensiva.

El chocar de las armas llenó de ruido el primoroso jardín que hasta entonces no había escuchado más sonido guerrero que el golpeteo de las tijeras de podar; y, de pronto, una anciana asomó bruscamente la mitad del cuerpo por una ventana del piso alto. Levantó los brazos sobre su capota blanca, lanzando despavoridas protestas con su voz quebrada. El jardinero permanecía pegado al árbol, con la desdentada boca abierta en un gesto de idiota estupefacción, y un poco más lejos, como hechizada sobre un estrecho espacio de césped, la hermosa muchacha corría de un lado a otro, retorciéndose las manos y murmurando frases incoherentes. No se precipitó entre los combatientes; las estocadas del teniente Feraud eran tan violentas que le 'faltaba el valor para exponerse. Todas sus facultades concentradas en la defensa, el teniente D'Hubert precisó de la mayor pericia y su máximo conocimiento en el manejo de las armas para detener los ataques del adversario. Ya dos veces había tenido que retroceder. Le molestaba sentirse

inseguro sobre los redondos guijarros secos del sendero, que se escurrían bajo la suela dura de sus botas. Era éste un terreno muy poco apropiado para el caso, pensó, observando atentamente, con los ojos fruncidos, sombreados por las largas pestañas, la feroz mirada de su robusto enemigo. Este incidente absurdo echaría por tierra su reputación de oficial mesurado, inteligente y prometedor. Por lo menos perjudicaría sus perspectivas inmediatas y le haría perder la confianza del general. Estas mundanas preocupaciones se encontraban, sin duda, fuera de lugar en momento tan solemne. Un duelo —se le considere como una ceremonia en el culto del honor o simplemente reducido a su esencia moral como un deporte viril— requiere una absoluta claridad de intención y un espíritu de homicida desesperación. Sin embargo, esta viva preocupación por su futuro produjo un excelente efecto al despertar la ira del teniente D'Hubert. Hablan transcurrido cerca de diecisiete segundos desde que cruzaran armas y de nuevo tuvo que retroceder para no ensartar a su intrépido adversario como un escarabajo en una colección de insectos. Pero equivocando la razón de este retroceso, el teniente Feraud intensificó el ataque, lanzando una especie de bramido triunfal. «Este animal rabioso me arrinconará contra la pared dentro de un momento», pensó el teniente D'Hubert. Se imaginó mucho más cerca de la casa de lo que en realidad se encontraba y no se atrevía a dar vuelta la cabeza; le parecía que mantenía a su contrincante alejado más por el poder de su mirada que por el de la punta de su espada. El teniente Feraud se recogía y saltaba con una felina agilidad capaz de arredrar al más valiente. Pero más asombrosa que su furia, comparable a la de un animal salvaje cumpliendo con integra inocencia una función natural, era la determinación implacable de esa voluntad feroz que sólo el hombre es capaz de manifestar. En medio de sus frívolas preocupaciones, el teniente D'Hubert lo comprendió por fin. Era éste un asunto perjudicial y absurdo, pero sea cual fuere el estúpido pretexto que aquel individuo hubiera esgrimido para provocarlo, era evidente que ahora tenía el propósito de matar, y nada menos. Lo deseaba con una fuerza de voluntad muy por encima de las facultades inferiores de un tigre.

Como sucede siempre con hombres orgánicamente corajudos, el evidente peligro interesó al teniente D'Hubert. Y apenas surgió este interés, el largo de su brazo y la lucidez de su ánimo rindieron a su favor. Tocó ahora al teniente Feraud retroceder con un feroz rugido de rabia contenida. Intentó una leve finta y en seguida se precipitó adelante:

«¡Ah! ¿Te gustaría, eh?, te gustaría ensartarme», exclamó mentalmente el teniente D'Hubert. El combate duraba ya más de dos minutos, espacio suficiente para enardecerse, fuera de los estímulos de la misma lucha. Y de pronto todo terminó. Tratando de aproximarse bajo la guardia de su adversario, el teniente Feraud recibió una estocada en el brazo encogido. No la sintió, pero el golpe detuvo su empuje y resbalando sobre el cascajo cayó violentamente de espaldas. El choque sumió su mente excitada en la perfecta quietud de la insensibilidad. Junto con la caída, la hermosa criada lanzó un grito, mientras la anciana solterona, asomada a la ventana, interrumpió sus protestas y empezó a santiguarse piadosamente.

Viendo a su adversario tendido en absoluta inmovilidad con el rostro hacia el firmamento, el teniente D'Hubert creyó haberlo muerto instantáneamente. La impresión de haber atacado con fuerzas suficientes para cortar en dos a su adversario, lo invadió un momento con el exagerado recuerdo de la intensa voluntad que había puesto en la estocada. Se arrodilló presuroso junto al cuerpo postrado. Habiendo descubierto que ni siquiera el brazo estaba cercenado, experimentó una leve decepción mezclada a un sentimiento de alivio. Aquel individuo merecía lo peor. Pero sinceramente no deseaba la muerte de ese pecador. Ya el asunto era bastante feo tal como se presentaba, y el teniente D'Hubert se dedicó a contener la hemorragia. Pero estaba escrito que en esta ingrata tarea la hermosa criada habría de estorbarlo ridículamente. Desgarrando el aire con gritos de horror, lo atacó por la espalda y enredando los dedos en sus cabellos le tiró la cabeza hacia atrás. No podía comprender por qué había elegido precisamente ese momento para atacarlo. Tampoco lo intentó. Todo le parecía una alucinante y espantosa pesadilla. Dos veces, para impedir que lo derribara, tuvo que levantarse y echarla a un lado. Lo hizo estoicamente, sin pronunciar una palabra, hincándose al punto para continuar su labor. Pero habiendo

terminado, la tercera vez que hubo de repeler su asalto, la cogió enérgicamente y la sostuvo con los brazos pegados al cuerpo. Tenia la capota en desorden, el rostro enrojecido y sus ojos brillaban de furia insensata. La miró suavemente mientras ella lo calificaba de miserable, traidor y asesino, repetidamente. Esto no lo molestó tanto como el convencimiento de que ella había logrado arañarle profusamente el rostro. Con esto se agregaba el ridículo al escándalo del incidente. Se imaginaba la anécdota adornada que correría por la guarnición de la ciudad, por todo el ejército de la frontera, desfigurada por todas las suposiciones posibles de motivos, sentimientos y circunstancias que pondrían en tela de juicio la serenidad de su conducta y la distinción de su gusto, hasta llegara los oídos mismos de su honorable familia. El caso no tenia importancia para un individuo como Feraud, que no tenía relaciones ni parientes que le preocuparan, cuya única virtud era el valor, que, en todo caso, era una cualidad común que hasta el último soldado de la caballería francesa poseía en abundancia. Sujetando siempre con fuerza los brazos de la muchacha, el teniente D`Hubert miró por encima del hombro. El teniente Feraud había abierto los ojos. No se movió. Como un hombre que despertara de un sueño profundo, contemplaba inexpresivamente el cielo vespertino.

Los enérgicos llamados de D'Hubert al jardinero no surtieron efecto, ni siquiera logró con ellos hacerle cerrar la desdentada boca. En seguida recordó que era sordo como una tapia. La moza no cesaba de debatirse y no era la suya una débil resistencia femenina, sino más bien la brega de una furia enceguecida que con frecuencia lo alcanzaba en las canillas con sus puntapiés. Continuaba sujetándola como en un trance, advirtiéndole su instinto que si la soltaba ella le saltaría inmediatamente a los ojos. Su situación lo humillaba dolorosamente. Por fin ella cedió. Temió que estuviera más agotada que apaciguada. Sin embargo, trató de salir de esta pesadilla por medio de una negociación.

—Escúcheme —le dijo, con la mayor tranquilidad posible—. ¿Me promete correr en busca de un cirujano si la suelto?

Con verdadera aflicción la oyó asegurar que no lo haría. Por el contrario, declaró llorosa que su intención era permanecer en el jardín y

proteger a dientes y uñas al vencido. Esto era ultrajante.

—¡Querida niña! ¿Es posible que me crea capaz de asesinar a un adversario herido? Es posible… Estése quieta, gata montés…

Lucharon. Una voz ronca y pastosa dijo a sus espaldas:

—¿Qué pretende con esa muchacha?

El teniente Feraud sé había incorporado apoyándose en el brazo sano. Observaba con mirada vaga su otro brazo, la mancha de sangre en el uniforme, el pequeño charco rojo en la tierra, la espada tirada a pocos pasos en el sendero. En seguida se tendió suavemente para reflexionar, hasta donde le permitiera de ejercicio mental un tremendo dolor de cabeza.

El teniente D'Hubert soltó a la muchacha, que se arrodilló inmediatamente junto al otro oficial. Las sombras de la noche ya descendían sobre el pulcro jardín y aquel grupo conmovedor, del cual surgían leves murmullos de dolor y compasión mezclados a otros débiles sonidos de diferente naturaleza, como si un inválido, sólo a medias despierto, intentara blasfemar. El teniente D'Hubert se alejó.

Cruzó la casa desierta y se felicitó de que la obscuridad ocultara sus manos ensangrentadas y su rostro rasguñado. Pero la historia no podría permanecer secreta. Por encima de todo temía el desprestigio y el ridículo, y le dolía tener que escabullirse por las callejuelas apartadas como si fuera un asesino. De pronto las notas de una flauta, que salían de una ventana abierta en el segundo piso de una modesta casa, lo arrancaron a sus tristes reflexiones. Era tocada con un perseverante virtuosismo y, junto con las tioritures de la melodía, se podía escuchar el golpeteo rítmico de un pie que llevaba el compás.

El teniente D'Hubert gritó un nombre que correspondía a un cirujano del ejército, a quien conocía bastante bien. Se interrumpió la música y el ejecutante se asomó a la ventana y escrutó la calle con su instrumento aún en la mano.

—¿Quién llama? ¿Es usted, D'Hubert? ¿Qué le trae por acá?

No le gustaba que lo interrumpieran a la hora en que tocaba su flauta. Era un hombre que había encanecido en la ingrata tarea de vendar heridos en los campos de batalla, donde otros cosechaban gloria y ascensos.

—Deseo que vaya inmediatamente a ver a Feraud. ¿Usted conoce al teniente Feraud, verdad? Vive al fondo de la segunda calle. Queda sólo a unos pasos de aquí.

—¿Qué le sucede?

—Está herido.

—¿Está seguro?

—Completamente —exclamó D'Hubert—. Vengo de su casa.

—¡Qué divertido! —observó el anciano cirujano.

Divertido era su palabra favorita, pero cuando la pronunciaba, la expresión de su rostro no correspondía nunca al significado. Era un hombre flemático.

—Entre —agregó—. Estaré listo en un segundo.

Al entrar, el teniente D'Hubert encontró al cirujano ocupado en desatornillar la flauta y colocar cuidadosamente las partes en una caja. Volvió la cabeza.

—Allí hay agua…, en ese rincón. Sus mallos necesitan una buena limpieza.

—Detuve la hemorragia —explicó el teniente D'Hubert—. Pero haría bien en apresurarse. Hace ya más de diez minutos de eso.

El cirujano no se dio más prisa en sus movimientos.

—¿Qué ha pasado? ¿Se le ha soltado el vendaje? ¡Qué divertido! Estuve todo el día en el hospital, pero alguien me dijo que esta mañana había escapado sin un rasguño.

—Probablemente no fue el mismo duelo —gruñó ceñudo el teniente D'Hubert, secándose las manos con una tosca toalla.

—¿No el mismo?… ¡Cómo! ¿Otro entonces? Ni el mismísimo demonio me haría salir dos veces en un solo día.

El cirujano examinó atentamente al teniente D'Hubert.

—¿De dónde ha sacado usted todos esos rasguños en la cara? A ambos lados…, y simétricos. ¡Qué divertido!

—Muy divertido —masculló el teniente D'Hubert—. También le parecerá divertida la herida que tiene el otro en el brazo. Esto los mantendrá entretenidos a ambos durante un buen tiempo.

El médico se sintió desconcertado e impresionado a la vez por el brusco tono de amargura con que el teniente D'Hubert se expresó. Salieron juntos de la casa y en la calle su actitud acabó de intrigarlo.

—¿No me acompaña? —preguntó.

—No —respondió D'Hubert—. Usted sabe dónde se encuentra la casa. Es muy posible que encuentre abierta la puerta de calle.

—Está bien. ¿Dónde está el dormitorio?

—En el primer piso. Pero haría mejor en pasar directamente y buscarlo en el jardín, primero.

Este sorprendente diálogo hizo que el cirujano se marchara sin intentar averiguar más. El teniente D'Hubert se dirigió a sus habitaciones poseído de una violenta indignación. Temía a las burlas de sus compañeros tanto como la ira de sus superiores. La verdad era extremadamente grotesca, y vergonzosa, aun dejando de lado la irregularidad del combate mismo, que le daba al asunto un aspecto abominable de atentado criminal. Como la mayoría de los hombres sin gran imaginación —facultad que ayuda considerablemente al proceso de la reflexión—, el teniente D'Hubert se sintió terriblemente afligido por los aspectos censurables de su situación. Estaba, sin duda, contento de no haber muerto al teniente Feraud, fuera de todas las reglas y sin los testigos que se exigían en semejantes lances. En realidad, se sentía extraordinariamente satisfecho de esta circunstancia. Pero al mismo tiempo sentía violentos deseos de torcerle el cuello sin la menor ceremonia.

Se encontraba aún bajo la influencia de estos sentimientos contradictorios, cuando el cirujano aficionado a la flauta fue a visitarlo.

Habían transcurrido más de tres días. El teniente D'Hubert ya no era *officier d'ordonnance* del comandante general de la división. Se le había hecho regresar a su regimiento y reanudaba contactos con la vida militar en reclusión solitaria, no en sus propias habitaciones en la ciudad, sino en una pieza del cuartel. En vista de la gravedad del incidente, se le había prohibido recibir visitas. No sabía lo que sucedía afuera, ni lo que se decía o pensaba al respecto. La llegada del cirujano fue una verdadera sorpresa para

el preocupado cautivo. El flautista aficionando empezó por explicarle que se encontraba allí sólo por un favor especial del coronel.

—Le hice ver que era muy justo que se le dieran a usted algunas noticias exactas sobre su adversario —continuó—. Supongo que le alegrará saber que se encuentra en franco estado de mejoría.

El rostro del teniente D'Hubert no reflejó la menor señal de convencional regocijo. Continuó paseando por el polvoriento suelo del cuarto.

—Siéntese en esa silla, doctor —murmuró. El médico se sentó.

—El asunto es juzgado de muy distintas maneras…, tanto en la ciudad como en el ejército. En realidad, la diversidad de opiniones es francamente divertida.

—¿Es posible? —farfulló el teniente D'Hubert, paseando incesantemente de un muro al otro. Pero íntimamente le sorprendía que, pudieran existir dos opiniones sobre el asunto.

El cirujano continuó:

—Naturalmente, como no se conocen los detalles de lo ocurrido…

—Me imaginé que aquel individuo lo pondría al corriente de los hechos —le interrumpió D'Hubert.

—Algo dijo —admitió el otro— la primera vez que lo vi. Y, a propósito, lo encontré efectivamente en el jardín. El golpe que recibió en la cabeza lo tenía aturdido y se expresaba con cierta incoherencia. Más tarde se mostró más bien reticente.

—¡No esperaba, por cierto, que tuviera la honradez de manifestarse avergonzado! —murmuró D'Hubert, reanudando sus paseos mientras el doctor decía:

—¡Qué divertido! ¡Vergüenza! ¡Avergonzado! No era precisamente éste su estado de ánimo. Sin embargo, se podría considerar el asunto bajo otro aspecto.

—¿De qué está hablando? ¿A qué asunto se refiere? —preguntó D'Hubert, lanzando una mirada de reojo al canoso y meditabundo personaje sentado en la silla de madera.

—Sea lo que fuere —dijo el cirujano, con cierta impaciencia—, no quiero juzgar su conducta…

—¡Cielos! ¡Ya lo creo que seria más prudente! —estalló D'Hubert.

—¡Vea, vea! No se apresure tanto en desenvainar la espada. Es una costumbre que a la larga no aporta ningún beneficio. Comprenda de una vez por todas que yo no pincharía jamás a ninguno de ustedes, sino con los instrumentos de mi oficio. Pero mis consejos son buenos. Si continúa así, se forjará una mala reputación.

—¿Continuar cómo? —preguntó el teniente D'Hubert, deteniéndose bruscamente, muy asombrado—. ¡Yo! ¡Yo!… Forjarme una reputación… ¿Qué se ha imaginado usted?

—Ya le he dicho que no quiero pronunciarme ni para bien ni para mal en este incidente. No es asunto mío. Sin embargo…

—¿Qué diablos le ha dicho él? —interrumpió el teniente D'Hubert, con cierto temor.

—Ya le conté que al principio, cuando lo encontré en el jardín, estaba un poco incoherente. Más tarde se manifestó reservado. Pero, por lo menos, he llegado a deducir que no pudo rehusar.

—¿Que no pudo?… —gritó el teniente D'Hubert, con voz tonante, y en seguida murmuró en forma impresionante—: ¿Y qué dice de mí? ¿Habría podido rehusar yo?

El cirujano se puso en pie. Ya comenzaba a pensar en su flauta, la constante compañera de la voz consoladora. Junto a las ambulancias militares, al cabo de veinticuatro horas de pesada labor, se le había escuchado turbar con sus dulces sonidos la tremenda calma de los campos de batalla, entregados al silencio y la muerte. Se acercaba su hora cotidiana de solaz, y en los tiempos de paz él atesoraba estos minutos como el avaro sus monedas.

—¡Por supuesto!… ¡Por supuesto!… —dijo con indiferencia—. Así lo cree usted. ¡Qué divertido! Sin embargo, siendo absolutamente neutral y encontrándome en términos amistosos con ambos, he consentido en traerle un mensaje del teniente Feraud. Tal vez piense usted que lo hago sólo por complacer a un enfermo, como quiera. Desea que usted sepa que el asunto

no ha terminado. Pretende mandarle sus padrinos apenas haya recobrado sus fuerzas…, a condición, naturalmente, de que el ejército no se encuentre entonces en. campaña.

—Eso pretende, ¿eh? Pues está muy bien —exclamó el teniente D'Hubert, furioso.

Los motivos de su exasperación eran desconocidos por el visitante, pero su furor confirmó al cirujano en la creencia que ya comenzaba a extenderse por la ciudad de que entre los dos jóvenes oficiales había surgido un serio altercado, algo lo suficiente grave para cubrirse con el misterio, algo de la más trascendental importancia. Para saldar su violenta pendencia estos hombres no habían vacilado en exponerse a la muerte y al descrédito en el comienzo mismo de su carrera. El cirujano temía que la investigación subsiguiente no satisficiera la curiosidad del público. Seguramente no harían a éste la confidencia de aquel hecho de naturaleza tan vergonzosa que los llevara al extremo de arriesgarse a una acusación por asesinato…, ni más ni menos. ¿Pero qué podría ser aquello?

El cirujano no era curioso por temperamento, pero esta obsesionante interrogación le obligó aquella noche a retirar dos veces el instrumento de sus labios y permanecer silencioso durante un minuto entero —justo en medio de una nota—, buscando esforzadamente una conjetura plausible.

Capítulo II

No obstante, él no obtuvo mayor éxito en esta tarea que el resto de la guarnición y las familias de la ciudad. Ignorados hasta la fecha, los dos jóvenes oficiales fueron distinguidos con la curiosidad general que el origen secreto de su disputa provocaba. El salón de Madame de Lionne fue el centro de elaboración de toda clase de suposiciones; ella misma fue, durante algún tiempo, objeto de mil interrogaciones por haber sido la última persona conocida que habló con aquellos dos desgraciados e intrépidos jóvenes antes de que salieran juntes de su casa para trabarse en tremendo combate en medio de la obscuridad de un jardín particular. Madame de Lionne aseguraba no haber observado nada de especial en su conducta. El teniente Feraud se había manifestado visiblemente contrariado al ser requerido para salir. Pero eso era muy natural; a ningún hombre le gusta ser interrumpido en medió de una charla con una mujer famosa por su elegancia y su talento. La verdad era que a Madame de Lionne el asunto la fastidiaba, ya que ni con la mejor voluntad se lograría conectar su persona con los comentarios suscitados por el incidente. Y la irritaba oír insinuar que pudiera haber una mujer mezclada en el asunto. Esta irritación no nacía ni de su inteligencia ni de su sentido de la elegancia, sino de una parte más instintiva de su naturaleza. Por último llegó a tal extremo su exasperación, que prohibió terminantemente se comentara el asunto bajó su techo. La orden fue obedecida juntó a su diván, pero en los rincones más apartados del salón se levantaba furtivamente el sudario del silenció impuesto. Un

personaje, de largó rostro pálido, con la expresión de una oveja, opinaba, moviendo la cabeza, que se trataba de una antigua disputa emponzoñada por el tiempo. Se le objetó que los, adversarios eran demasiado jóvenes para semejante teoría. También pertenecían a diferentes y distantes provincias de Francia. Luego existían otros obstáculos físicos. Un subcomisario de la Intendencia, un solterón agradable y culto que vestía unos pantalones de casimir, botas hesianas y una chaqueta azul con bordados en encaje de plata, y pretendía creer en la transmigración de las almas, insinuó la idea de que ambos se hubieran conocido en una existencia anterior. El rencor se remontaría a un olvidado pretérito. Podía ser algo inconcebible en el estado actual de su ser, pero sus almas recordaban el agravio y manifestaban un instintivo antagonismo. Desarrolló su tesis en tono festivo. Sin embargo, el asunto resultaba tan absurdo desde el punto de vista social, militar, del honor o la cordura, que esta extravagante explicación parecía la más razonable de todas.

Ninguno de las dos oficiales había pronunciado ante nadie una declaración definida. La humillación de haber caído herido con el arma en la mano y la incómoda sensación de haberse visto envuelto en una riña por la injusticia de su destino, hacían guardar al teniente Feraud un agresivo silencio. No confiaba en la comprensión de la humanidad. Esta se inclinaría, sin duda, en favor del elegante oficial de Estado Mayor. Tendido en su lecho, despotricaba ante la hermosa criada que atendía a sus necesidades con paciente devoción y escuchaba con alarma sus terribles imprecaciones. Que se «hiciera pagar» al teniente D'Hubert, le parecía muy natural y justo. Pero su principal preocupación era que el teniente Feraud no se exaltara demasiado. Para su humilde corazón, era él un personaje tan magnifico y fascinante, que sólo deseaba que mejorara pronto, aunque no lograra con esto sino la reanudación de las visitas al salón de Madame de Lionne.

El teniente D'Hubert guardaba silencio por la sencilla razón de que, fuera de un estúpido soldado, no tenía a nadie más con quien hablar. Luego descubrió que el asunto, profesionalmente tan grave, tenía, sin embargo, su lado cómico. Cuando pensaba en ello sentía nuevos deseos de torcer el

cuello al teniente Feraud. Pero esta figura era más simbólica que exacta y expresaba más bien un estado de ánimo que un impulso físico. Al mismo tiempo, este joven poseía un sentido de solidaridad profesional y una bondad que le impedían agravar en lo más mínimo la situación ya delicada de su adversario. No quería, pues, divulgar nada sobre el desgraciado incidente. No obstante, en la investigación, tendría, sin duda, que declarar en defensa propia. Y ya esta perspectiva lo irritaba.

Pero la investigación no se llevó a cabo. En cambio, el ejército salió a campaña. Puesto en libertad sin mayores observaciones, el teniente D'Hubert volvió a hacerse cargo de sus tareas militares, mientras el teniente Feraud, con su brazo recién libre del cabestrillo y sin haber sido interrogado, cabalgó a la cabeza de su escuadrón para terminar su convalecencia en el humo de los campos de batalla y al aire fresco de los vivaques nocturnos. Este vigorizante tratamiento le sentó tan bien que, al primer rumor de la firma de un armisticio, giraron inmediatamente sus pensamientos en torno a su contienda privada.

Esta vez tendría qué ser un duelo ajustado a todas las reglas. Envió dos amigos a presentarse ante el teniente D'Hubert, que se encontraba con su regimiento a escasas millas de distancia. Estos amigos no hicieron preguntas a su apadrinado. «Me debe una ese bello oficialito», había dicho Feraud, sombríamente; y ellos se marcharon muy contentos a cumplir con su misión. El teniente D'Hubert no tuvo dificultad en encontrar dos amigos igualmente discretos y leales.

—Hay un individuo a quien tengo que dar una lección —había declarado él escuetamente, y ellos se consideraran satisfechos con esta explicación.

Bajo estos pretextos se convino un duelo a espada, debiendo llevarse a cabo, al alba, en un campo apropiado. A la tercera arremetida, el teniente D'Hubert se encontró tendido sobre la hierba húmeda de rocío, con una herida en el costado. A su izquierda se extendía un paisaje de prados y bosques, iluminado por un sol apacible. Un cirujano no, el flautista, esta vez, sino otro se inclinaba sobre él y palpaba la herida.

—Una buena estocada. Pero no será grave —pronosticó.

El teniente D'Hubert escuchó estas palabras con placer. Sentado en la hierba húmeda y, sosteniéndole la cabeza sobre las rodillas, uno de sus padrinos dijo:

—Los azares de la guerra, *mon pauvre vieux*. ¿Qué le parece? ¿No cree conveniente hacer las paces como un hombre sensato? Sea razonable.

—No sabe usted lo que pide —murmuró el teniente D'Hubert, con voz débil—. Sin embargo, si él…

Al otro extremo del prado los padrinos del teniente Feraud le insistían para que fuera a estrechar la mano de su adversario.

—Ya le ha pagado usted como lo deseaba…, que *diable*. Es lo único que le queda por hacer. Ese D'Hubert es un tipo decente.

—Conozco bien la decencia de estos favoritos de los generales —murmuró el teniente Feraud, con los dientes apretados, y la sombría expresión de su rostro desalentó toda insistencia a concertar la reconciliación.

Saludándose desde cierta distancia, los padrinos condujeron a los duelistas fuera del campo. El teniente D'Hubert, muy estimado entre sus compañeros por su gran valor unido a un carácter franco y siempre parejo, fue muy visitado aquella tarde. Se observó que el teniente Feraud no frecuentó, como era costumbre, los lugares donde sus amigos pudieran darle sus felicitaciones. No le habrían faltado, pues él también era querido por la exuberancia de su naturaleza meridional y la sencillez de su carácter. En todos los sitios donde los oficiales tenían costumbre de reunirse al final del día, el duelo de aquella mañana fue comentado bajo diversos aspectos. Aunque el teniente D'Hubert resultó herido esta vez, su juego de esgrima fue notable. Nadie podía negar que era muy arriesgado y científico. Llegó a decirse que había sido herido sólo porque deseaba manifiestamente hacer gracia a su adversario. Pero muchos opinaban que el vigor y el empuje de los ataques del teniente Feraud eran irresistibles.

Los méritos de ambos oficiales como esgrimistas eran francamente discutidos, pero su actitud reciproca después del duelo fue comentada apenas y con la mayor prudencia. Eran irreconciliables, lo que resultaba por demás lamentable. Pero al fin y al cabo, ellos sabían mejor que nadie la

forma en que debían cuidar de su honor. No era una cuestión en la que debieran entrometerse demasiado sus compañeros. En cuanto al origen de la querella, la impresión general era que se remontaba a los tiempos en que ambos estaban de guarnición en Estrasburgo. Al oír esto, el cirujano flautista sacudió la cabeza. El creía positivamente que databa de más larga fecha.

—Pero, por supuesto, usted debe saberlo todo —exclamaron varias voces, ávidas de curiosidad—. ¿Qué fue lo que sucedió?

Lentamente el doctor apartó la vista de su copa.

—Aunque lo supiera todo, no podéis esperar que os lo diga cuando los dos protagonistas del incidente prefieren guardar su secreto.

Se levantó y se marchó, dejando tras sí una honda sensación de misterio. No podía quedarse allí más rato, pues ya se acercaba la hora mágica de su musical sola.

—Es evidente que tiene los labios sellados —observó solemnemente un oficial muy joven cuando se hubo marchado el médico.

Nadie puso en duda la perfecta exactitud de ` la observación. En cierto modo, añadía 'un sensacional sabor al asunto. Varios oficiales mayores de ambos regimientos, inspirados únicamente en la bondad y su amor a la armonía, propusieron formar un tribunal de honor, al cual los dos jóvenes adversarios confiarían la tarea de su reconciliación. Desgraciadamente, iniciaron las gestiones, presentándose primero al teniente Feraud, suponiendo que por haber infligido recientemente un duro castigo, estaría más tranquilo y dispuesto a la moderación que el vencido.

Este razonamiento era lógico. No obstante, los resultados fueron negativas. En aquella relajación de la fibra moral, que se produce frecuentemente en el éxtasis de 'la vanidad halagada, el teniente Feraud había consentido en revisar íntimamente el caso, y así llegó hasta el extremo de dudar, si no de la justicia de su causa, por lo menas de la absoluta cordura de su proceder. De tal manera que ahora se sentía poco dispuesto a discutir el asunto. La proposición de los hombres más prudentes del regimiento lo colocaba en una situación difícil. El proyecto lo incomodaba y por una lógica paradoja esta molestia reavivó su animosidad

contra el teniente D'Hubert. ¿Habría de importunarlo eternamente este individuo, que de algún modo se las arreglaba siempre para inclinar la opinión en su favor? Sin embargo, era difícil rehusar perentoriamente una mediación sancionada por el código del honor.

Afrontó la dificultad con una actitud de sombría reserva. Se torció el bigote pronunciando frases vagas. Su caso era perfectamente claro. No le avergonzaba exponerlo ante un tribunal debidamente constituido, como no temía defenderlo en el campo del honor. No veía, sin embargo, ningún motivo para aceptar precipitadamente una proposición, antes de ver cómo la recibiría su adversario.

Más tarde, habiendo aumentado considerablemente su exasperación, se le oyó decir con ironía «que seria una gran suerte para el teniente D`Hubert, pues la próxima vez que se batieran no podía esperar escapar con la bagatela de tres semanas de cama».

Esta frase fanfarrona debió inspirarse en el más puro maquiavelismo. A menudo los meridionales ocultan una cierta cantidad de peligrosa astucia bajo una apariencia externa de espontaneidad de acción y palabra.

Desconfiando de la justicia de los hombres, el teniente Feraud no deseaba en absoluto la intervención de un tribunal de honor, y la frase anterior, tan ajustada a su temperamento, tuvo la virtud de servirlo a maravilla. Fuera o no su intención, antes de veinticuatro horas sus palabras habían penetrado en el dormitorio del teniente D'Hubert. De manera que al día siguiente, reclinado en las almohadas, éste recibió la proposición declarando que era aquél un asunto de tal naturaleza, que no admitía discusión.

El rostro pálido del oficial herido, la voz débil que aun debía medir cuidadosamente y la severa dignidad de su actitud produjeron profunda impresión en sus oyentes. El relato de esta entrevista fue más efectivo para ahondar el misterio que las amenazas del teniente Feraud. Este se sintió inmensamente aliviado con el resultado de la comisión. Empezó a disfrutar de la expectación general y se complacía en agregar al desconcierto adoptando una actitud de estricta discreción.

El coronel del regimiento del teniente D'Hubert era un guerrero fogueado y canoso, que tomaba sus responsabilidades con franca sencillez. "No puedo —se dijo— permitir que mis mejores subalternos se maten por una minucia. Tengo que averiguar privadamente hasta el fondo de este asunto. D'Hubert tendrá que contármelo todo, por grave que sea. El coronel ha de ser más que un padre para estos muchachos."

Y, en efecto, amaba a sus hombres con el mismo afecto que el padre de una familia numerosa experimenta hacia cada miembro individual de ella. Si por un descuido de la Providencia los seres humanos nacían como simples civiles, volvían a nacer en el regimiento, como los niños en un hogar, y sólo este nacimiento militar era válido.

Al presentarse ante él, el teniente D'Hubert, muy pálido y demacrado, el anciano guerrero sintió de pronto su corazón invadido de sincera compasión. Todo su amor por el regimiento —aquel conjunto de hombres que con su solo poder podía lanzar al ataque o retirarlo del fuego, que constituía su legítimo orgullo y ocupaba todos sus pensamientos— se concentró por un momento en aquel brillante subalterno. Se aclaró la voz con amenazador carraspeo y adoptó una expresión severísima.

—Debe comprender —comenzó— que la vida de cualquiera de los individuos del regimiento me importa un bledo. Los enviaría a los ochocientos cuarenta y siete, hombres y caballos, al más seguro de los desastres sin más remordimientos que si hubiera muerto una mosca.

—Sí, mi coronel, pero usted iría a la cabeza del regimiento —dijo el teniente D'Hubert con una lánguida sonrisa.

El coronel comprendía que debía usar de todo su tino diplomático, y al escuchar esto, lanzó un verdadero rugido.

—Quiero que comprenda, teniente D'Hubert, que bien podría hacerme a un lado y contemplar cómo todos ustedes se precipitaban en. el infierno, si era necesario. Soy hombre capaz de eso y mucho más cuando el servicio y mi deber hacia la patria me lo exigen. Pero esto es inverosímil, de manera que ni siquiera lo insinúe usted.

Sus ojos echaban chispas, pero su voz se había suavizado.

—Es usted todavía un niño, no obstante sus bigotes, hijo mío. No tiene idea de lo que es capaz un hombre como yo. Me escondería detrás de un almijar si… ¡No sonría, señor! ¿Cómo se atreve? Si no fuera ésta una conversación privada, lo… ¡Vea! Soy responsable del uso adecuado de las vidas que bajo mi mando se encuentran, para mayor gloria de la patria y honor del regimiento. ¿Ha comprendido? Bueno, entonces, ¿qué demonios se propone usted al dejarse zarandear así por ese individuo del 7º Regimiento de Húsares? Es simplemente deshonroso.

El teniente D'Hubert se sintió extraordinariamente ofendido. Sus hombros se movieron lentamente. No contestó. No podía dejar de aceptar su responsabilidad.

El coronel bajó los ojos y su voz adquirió un tono menor.

—¡Es muy lamentable! —murmuró, y volvió a elevar la voz—: ¡Vamos! —continuó persuasivo, pero con aquella nota autoritaria que poseen en su registro los verdaderos directores de hombres—, hay que arreglar este asunto. Deseo que me diga usted sinceramente de qué se trata. Se lo exijo como su mejor amigo.

La fuerza avasalladora de la autoridad, el poder persuasivo de la bondad, afectaron hondamente al hombre que acababa de abandonar su lecho de enfermo. La mano del teniente D'Hubert, apoyada sobre el pomo de un bastón, temblaba ligeramente. Sin embargo, su temperamento nórdico, sentimental pero cauteloso, lúcido no obstante su idealismo, dominó el impulso inicial de confesar el peligroso absurdo en que se veía envuelto. Siguiendo los preceptos de la sabiduría práctica, contó hasta siete antes de hablar. Y, entonces, sólo pronunció un discurso de agradecimiento.

El coronel lo escuchó, interesado al principio, pero luego decepcionado. Finalmente frunció el ceño.

—¿No se atreve? *Mille tonnerres*! ¿No le he dicho acaso que condesciendo en discutir el asunto con usted… como amigo?

—Si, mi coronel —contestó suavemente el teniente D'Hubert—. Pero temo que después de haberme escuchado como amigo, actúe usted como superior.

Mirándolo atentamente, el coronel apretó las mandíbulas.

—¿Y qué importaría eso? —dijo francamente—. ¿Tan vergonzosa y grave es su historia?

—No lo es —refutó el teniente D'Hubert en voz baja, pero firme.

—Naturalmente, tendría que actuar en vista de la mayor corrección del servicio. Nadie me lo podría impedir. ¿Para qué cree usted que deseo saber?

—Ya sé que no es por simple curiosidad —protestó el teniente D'Hubert —. Estoy seguro de que procederá con la mayor justicia y prudencia. ¿Pero qué será del buen nombre del regimiento?

—Este no podrá ser jamás afectado por la locura juvenil de algún teniente —pronunció severamente el coronel.

—No, tiene usted razón. Pero las malas lenguas lo pueden perjudicar. Dirán que un oficial del 4º Regimiento de Húsares, temeroso de enfrentarse a un adversario, se refugia tras las espaldas de su coronel. Y eso sería peor que esconderse detrás de un almijar… por el bien del servicio. No puedo exponerme a ello, mi coronel.

—Nadie se atrevería a decir una cosa semejante —apuntó el coronel, en un tono al principio violento, pero que al terminar la frase se notaba un tanto inseguro.

El valor del teniente D'Hubert era de todos conocido. Pero el coronel sabía perfectamente que el valor que se precisa para un duelo, el arrojo necesario para emprender el combate individual, era, con razón o sin ella, considerado un coraje de naturaleza especial. Y era imprescindible que un oficial de su regimiento poseyera todos los valores imaginables… y supiera probarlo. El coronel proyectó hacia adelante el labio inferior y miró a lo lejos con una mirada extrañamente fija. Era ésta la expresión de su perplejidad, expresión prácticamente ignorada por los hombres de su regimiento, pues la perplejidad es un sentimiento incompatible con el rango de coronel de caballería. El mismo se sentía desconcertado por la desagradable novedad de esta sensación. Como no estaba acostumbrado a reflexionar sino sobre asuntos profesionales, relativos al bienestar de hombres y caballos y a su correcto desempeño en los gloriosos campos de batalla, sus esfuerzos intelectuales degeneraron en la simple repetición de algunas frases profanas.

—*Mille tonnerres*! *Sacré nom de nom*…

El teniente D'Hubert tosió lastimeramente y continuó con voz cansada:

—No faltarían las malas lenguas que dijeran que soy, un cobarde. Y no creo que usted espere que yo tolere eso. Es muy probable que entonces me viera comprometido en una docena de duelos, en vez de uno solo.

La clara simplicidad de este argumento penetró el entendimiento del coronel. Clavó la mirada en su subalterno:

—Siéntese, teniente —lo invitó rudamente—. Es éste el asunto más endiablado que… ¡Siéntese!

—¡Mi coronel! —empezó de nuevo D'Hubert—. No temo a los comentarios. Existe una manera efectiva de acallarlos. Pero también hay que tomar en cuenta mi tranquilidad de conciencia. No podría soportar la idea de que había arruinado la carrera de un compañero de armas. Sea cual fuere la acción que usted emprenda, forzosamente tendrá que llevarla hasta el final. Se renunció a la investigación…, dejemos las cosas como están. El juicio habría sido decididamente fatal para el teniente Feraud.

—¡Eh! ¿Cómo? ¿Tan censurable fue su conducta?

—Sí, muy incorrecta —murmuró el teniente D'Hubert. Y encontrándose aún bastante débil, sintió deseos de llorar.

Como el otro oficial no pertenecía a su regimiento, el coronel no tuvo dificultad en creer lo que D'Hubert decía. Comenzó a pasearse por la pieza. Era un buen jefe, hombre capaz de manifestar una discreta comprensión. Pero también era humano en otros sentidos, y esto quedó demostrado porque era incapaz de fingir.

—Lo peor de todo, teniente —declaró ingenuamente—, es que ya he declarado mi propósito de llegar al fondo mismo de esta cuestión. Y cuando un coronel dice algo…, usted comprenderá…

El teniente D'Hubert lo interrumpió con gravedad:

—Le ruego, mi coronel, que acepte mi palabra de honor, de que me vi colocado en una situación enojosa en la cual no tenía alternativa, no tenía otra salida honorable que se ajustara a mi dignidad de hombre o de oficial… Al fin y al cabo, mi coronel, la razón del incidente no es más que esto. El resto no es 'sino simple detalle.

El coronel se detuvo bruscamente. Había. que tomar en cuenta la fama de buen criterio y buen carácter de que el teniente D'Hubert gozaba. Poseía un cerebro lúcido y un corazón franco, claro como el día. Siempre intachable en su conducta. Era preciso confiar en él. El coronel dominó virilmente una inmensa curiosidad.

—¡Mmm! Me lo asegura como hombre y como oficial… Ninguna alternativa, ¿eh?

—Como oficial…, como oficial del 4º Regimiento de Húsares también —insistió el teniente D'Hubert—. No la tenía. Y ése es el secreto del asunto, mi coronel.

—Sí, pero aun no comprendo por qué a su coronel… Un coronel es como un padre…, que *diable*!

No debió haber dejado escapar tan fácilmente al teniente D'Hubert. Este comenzaba a ser presa de su debilidad física con un sentimiento de humillación y desesperación. Pero lo embargaba la mórbida testarudez de los enfermos y al mismo tiempo sintió, con desconsuelo, que los ojos se le llenaban de lágrimas. Esta dificultad parecía irreprimible. Una lágrima cayó rodando por la demacrada y pálida mejilla del teniente D'Hubert.

El coronel le volvió rápidamente la espalda. Se habría podido escuchar la caída de un alfiler.

—Se trata de algún estúpido enredo de mujeres…, ¿no es así?

Al pronunciar estas palabras, el jefe giró súbitamente sobre sus talones para sorprender la verdad, que no es un bello objeto oculto al fondo de un pozo, sino un pájaro huidizo más fácil de coger por medio de estratagemas. Fue ésta la última maniobra diplomática del coronel. Vio la luminosa verdad claramente reflejada en el ademán del teniente D'Hubert, que levantaba sus débiles brazos y los ojos al cielo en un ademán de suprema protesta.

—¿Que no es un asunto de mujeres? —gruñó el coronel con mirada severa—. No le pregunto quién es ni cómo sucedió. Lo único que deseo saber es si hay una mujer mezclada en este asunto.

El teniente D'Hubert dejó caer los brazos y pronunció con voz patéticamente temblorosa:

—No se trata de eso, mi coronel.

—¿Me da su palabra de honor? — insistió el viejo guerrero.

—Se la doy.

—Está bien —dijo pensativo el coronel y se mordió el labio. Los argumentos del teniente D'Hubert, apoyados por la simpatía que el individuo le inspiraba, lo habían convencido. Por otra parte, era sumamente molesto que esta intervención, de la cual no había hecho ningún misterio, no diera resultados palpables. Entretuvo aún algunos minutos al teniente D'Hubert y luego lo despidió amablemente:

—Permanezca unos días más en cama, teniente. ¿Qué diablos pretende el médico al declararlo a usted apto para el servicio?

Al salir de las oficinas del coronel, el teniente D`Hubert no dijo una palabra de lo sucedido al amigo que lo esperaba afuera para acompañarlo a su casa. No dijo nada a nadie. El teniente D'Hubert no tuvo un solo confidente. Pero en la noche de aquel mismo día, mientras paseaba con su ayudante bajo los olmos que crecían junto a sus habitaciones, el coronel abrió los labios.

—He llegado al fondo de la cuestión —declaró.

El teniente coronel, un hombrecito seco y moreno con un par de cortas chuletas, abrió prontamente los oídos aunque sin manifestar en lo más mínimo su viva curiosidad.

—No se trata de una bagatela —agregó el coronel en tono de oráculo.

El otro esperó mucho rato antes de murmurar:

—Es posible, señor.

—No es una bagatela —repitió el coronel mirando fijamente hacia adelante—. De todos modos, he prohibido a D'Hubert lanzar o aceptar un desafío de Feraud dentro de los doce meses próximos.

Había imaginado esta prohibición a fin de salvar su prestigio de coronel. Pretendía con ello dar un carácter oficial al misterio que rodeaba la mortal disputa. El teniente D'Hubert rechazaba con impasible silencio todas las tentativas encaminadas a arrancarle su secreto. Un tanto inquieto al principio, el teniente Feraud recobraba su aplomo a medida que avanzaba el tiempo. Disimulaba su ignorancia del motivo de la tregua impuesta, con

risitas sarcásticas, como si le divirtiera la naturaleza del secreto que guardaba. «¿Pero qué vas a hacer?», le preguntaban continuamente sus amigos. El se contentaba con replicar: «*Qui vivra verra*», con un gesto ligeramente truculento. Y todos admiraban su discreción.

Antes de que la tregua llegara a su término, el teniente D'Hubert obtuvo su mando. Este ascenso era bien merecido; sin embargo, nadie lo esperaba. Cuando el teniente Feraud se impuso de ello en una reunión de oficiales, murmuró entre dientes:

—¿Es posible?

Inmediatamente descolgó su sable de una percha junto a la puerta, se lo abrochó cuidadosamente a la cintura y abandonó la sala sin decir más. Se dirigió lentamente a sus habitaciones, raspó su pedernal y encendió la vela de sebo. En seguida, cogiendo un inocente vaso de cristal de sobre la repisa de la chimenea, lo lanzó violentamente al suelo.

Ahora que D'Hubert era un oficial de rango superior, era imposible intentar otro duelo. Ninguno de los dos podía lanzar o aceptar un desafío sin exponerse a comparecer ante una corte marcial. No se podía pensar en ello. El teniente Feraud, que desde hacia algún tiempo no había sentido ningún deseo de enfrentarse con el teniente D'Hubert con las armas en la mano, se rebelaba ahora contra la sistemática injusticia de su destino. «¿Acaso supone que de este modo se me podrá escapar?», pensó con indignación. Inmediatamente creyó ver en este ascenso una intriga, una conspiración, una cobarde maniobra. Ese maldito coronel sabía lo que hacia. Se había apresurado a recomendar a su favorito para la promoción. Era inconcebible que un hombre pudiera evadir las consecuencias de sus actos en una forma. tan oscura y tortuosa.

De una naturaleza bohemia, de un temperamento más belicoso que militar, el teniente Feraud se había contentado hasta entonces con dar y recibir golpes por puro amor a la lucha y sin pensar mayormente en progresar en su carrera; pero ahora despertó en él una violenta ambición. Este luchador por vocación decidió aprovechar toda oportunidad de lucirse y suscitar la opinión favorable de sus jefes, como un vulgar cortesano. Se sabía tan valiente como el que más y no dudaba de su seducción personal.

Sin embargo, ni su bravura ni su simpatía parecían producir los efectos deseados. Su carácter despreocupado y animoso de *beau sabreur* experimentó un cambio. Empezó a hacer amargas alusiones respecto a los «individuos que no se detienen en nada con tal de avanzar.» El ejército estaba lleno de estos sujetos, decía; no había más que mirar alrededor. Pero mientras afirmaba esto, sólo pensaba en una persona: su adversario, D'Hubert. Una vez declaró a un amigo comprensivo:

—Tú has visto, yo no sé adular a los grandes. No está en mi carácter.

No obtuvo su promoción hasta una semana después de Austerlitz. Durante algún tiempo, la caballería ligera del gran ejército estuvo ocupadísima en interesantes labores.; Apenas disminuyó la atención de las tareas profesionales, el capitán Peraud se preocupó de organizar un encuentro sin pérdida de tiempo.

«Conozco bien a mi pájaro —observaba sombríamente—. Si no ando muy vivo, se las arreglará para que lo asciendan por sobre una docena de compañeros más meritorios que él. Tiene un verdadero talento para esta clase de maniobras.»

Este duelo se llevó a cabo en Silesia. Y si no terminó con una derrota, fue por lo menos proseguido hasta el total agotamiento de ambos contrincantes. El arma era el sable de caballería, y la pericia, la, ciencia, el vigor y la determinación de ambos adversarios provocaron la admiración de los testigos. Este encuentro se convirtió en el tópico de mayor interés en ambas orillas del Danubio y su rumor alcanzó hasta las guarniciones de Gratz y Laybach. Siete veces cruzaron los sables. Ambos tenían heridas de las que manaba sangre en abundancia. Ambos rehusaron interrumpir el combate, rechazando toda insistencia, manifestando un mortal rencor. Por parte del capitán D'Hubert, esta impresión era causada por su deseo racional de terminar de una vez por todas con el asunto; por parte del capitán Feraud, por una tremenda exaltación de sus instintos belicosos y el formidable estímulo de la vanidad herida. Finalmente, desgreñados, con las camisas hechas jirones, ensangrentados y manteniéndose difícilmente en pie, fueron separados a la fuerza por sus atónitos y horrorizados padrinos. Más tarde, asediados por sus compañeros ansiosos de conocer los detalles,

estos caballeros declararon que no habrían podido permitir que continuaran indefinidamente en esa carnicería. Cuando se les preguntó que si esta vez los adversarios consideraban saldada su diferencia, expresaron su convencimiento de que era ésta de tal naturaleza, que sólo podría liquidarse con la vida de una de las partes. La sensacional noticia se extendió de un cuerpo de ejército a otro, penetrando hasta los más pequeños destacamentos de tropas acantonados entre el Rin y el Save. En los cafés vieneses se estimaba, por datos fidedignos, que los adversarios estarían en condiciones de enfrentarse nuevamente en el campo del honor, al cabo de tres semanas. Se esperaba algo realmente extraordinario en materia de duelos.

Estas esperanzas fueron frustradas por las exigencias del servicio, que separaron a los dos capitanes. Las autoridades oficiales no se habían dado por enteradas de su desafío. Era ésta una cuestión de honor que ya pertenecía al ejército y no se le podía comentar ligeramente. Pero la historia del duelo, o más bien la afición duelística de nuestros héroes, debe haberse interpuesto en el progreso de sus respectivas carreras, pues aun eran capitanes cuando volvieron a reunirse durante la guerra con Prusia. Destacados hacia el Norte después de Jena, junto con el ejército dirigido por el mariscal Bernadotte, príncipe de Ponte Corvo, entraron juntos en Lülbeck.

Sólo al cabo de la ocupación de la ciudad se dio tiempo el capitán Feraud para reflexionar sobre su futuro proceder, en vista de que el capitán D'Hubert había sido nombrado tercer ayudante de campo del mariscal. Meditó en ello gran parte de la noche, y por la mañana mandó llamar a dos fieles amigos.

—Lo he pensado con toda calma —les dijo, mirándolos con los ojos congestionados y cansados—. Estoy decidido a terminar de una vez con este intrigante personaje. Ya se ha ingeniado para introducirse en la escolta personal del mariscal. Constituye esto una provocación directa. No puedo tolerar una situación en la cual me veo expuesto a recibir cualquier día una orden por su intermedio. ¡Y sabe Dios qué clase de orden puede ser! Casos como éste ya tienen precedentes…, y con eso basta. No hay duda de que él

lo sabe perfectamente. No puedo deciros más. Ahora sabéis lo que tenéis que hacer.

El encuentro tuvo lugar en las afueras de Lübeck, en campo muy amplio, elegido con especial deferencia hacia la división de caballería perteneciente al ejército, que deseaba que los dos oficiales se batieran a caballo esta vez. Al fin y al cabo, este lance de honor era un asunto de caballería, y el persistir en luchar a pie, podía considerarse como una ofensa a sus propias armas. Impresionados por los caracteres insólitos de la insinuación, los padrinos se apresuraron en consultar a sus apadrinados. El capitán Feraud aceptó la idea con entusiasmo. Por alguna oscura razón, nacida, sin duda, de su psicología, se creía invencible a caballo. Encerrado solo, entre los cuatro muros de su aposento, se frotó las manos, exclamando triunfante: «¡Ah!, mi bello oficialito, esta vez no te me escapas.»

En cuanto al capitán D'Hubert, después de mirar con fijeza a sus amigos por un momento, se encogió ligeramente de hombros. Este asunto había complicado su vida de un modo irremediable e insensato. Un disparate más o menos en su desarrollo, no le importaba aunque lo absurdo le desagradaba siempre profundamente; pero con su acostumbrada amabilidad esbozó una sonrisa ligeramente irónica y dijo con voz tranquila:

—Por lo menos disipará en algo la monotonía del asunto.

Cuando lo dejaron solo se sentó junto a su mesa y apoyó la cabeza en las manos. Había trabajado intensamente en los últimos tiempos, y el mariscal se había mostrado particularmente exigente con sus ayudas de campo. Las últimas tres semanas de campaña en un clima hostil habían afectado su salud. Cuando estaba muy cansado lo torturaba una dolorosa puntada en el costado herido, y esta desagradable sensación lo deprimía.

«Esto es, sin duda, obra de ese bruto», pensó amargamente.

El día antes había recibido una carta de su familia, anunciándole que su única hermana se casaba. Recordó que desde que ella tenia dieciséis años y él veintiséis, cuando fue trasladado a la guarnición de Estrasburgo, sólo la había visto dos veces durante cortos ratos. Habían sido grandes amigos y confidentes, y ahora ella sería entregada a un hombre que él no conocía, personaje sin duda muy meritorio, pero difícilmente digno de ella. Nunca

volvería a ver a su Leonie. Tenía ella una cabecita inteligente y un gran tacto; seguramente sabría manejar a su marido. No abrigaba el menor temor respecto a su felicidad, pero se sentía excluido del primer lugar en su afecto, sitio que siempre le correspondió desde que la pequeña supo hablar. Una melancólica nostalgia de los días de su infancia invadió al capitán D'Hubert, tercer ayuda de campo del príncipe de Ponte Corvo.

Dejó a un lado la carta de felicitaciones que había comenzado sin entusiasmo, por cumplir con un deber. Cogió una hoja limpia y trazó estas palabras: *Mi última voluntad y testamento*. Al contemplar esta frase se entregó a desagradables meditaciones: el presentimiento de que jamás volvería a disfrutar de los paisajes de su niñez pesaba sobre el ánimo ecuánime del capitán D'Hubert. De un salto se puso en pie, empujando su silla y bostezó exageradamente como señal de que no daba importancia a sus presentimientos, y, tumbándose sobre el lecho, se durmió. Durante la noche se estremeció violentamente varias veces, pero sin despertar. Por la mañana cabalgó hacia las afueras de la ciudad entre sus dos padrinos, charlando de temas indiferentes y observando a izquierda y derecha, con aparente desenvoltura, la espesa niebla matinal que cubría los verdes prados lisos bordeados de cercas. Saltó un foso y divisó la silueta de varios hombres montados que cabalgaban envueltos en la neblina.

«Parece que tendremos que batirnos ante una numerosa galería», murmuró amargamente para sí.

Sus padrinos se encontraban preocupados por el estado del tiempo, pero de pronto los pálidos rayos de un sol anémico perforaron trabajosamente las pesadas evaporaciones, y el capitán D'Hubert vio, a cierta distancia, a tres jinetes que galopaban separados de los demás. Eran el capitán Feraud y sus padrinos. Sacó el sable y comprobó que lo tenía bien sujeto a la muñeca. Y luego los padrinos, que se habían mantenido hasta entonces en un grupo cerrado, con las cabezas de los caballos juntas, se separaron a trote lento, dejando un amplio espacio entre él y su adversario. El capitán D'Hubert miró el pálido sol, observó la desolación de los campos, y la estupidez de la lucha inminente lo llenó de tristeza. Desde un rincón apartado del prado, una voz estentórea gritó las órdenes a intervalos regulares: *Au pas… Au*

trot… *Charrgez*!… No sin motivos experimenta el hombre presentimientos de muerte, pensaba D'Hubert en el preciso momento en que espoleaba su cabalgadura.

Y por esto quedó enormemente asombrado cuando, a la primera arremetida, el capitán Feraud recibió una herida en la frente, que, cegándolo con su sangre, puso fin al combate casi antes de que empezara. Era imposible continuar. Dejando a su enemigo, que blasfemaba horriblemente, debatiéndose entre sus dos afligidos amigos, el capitán D'Hubert volvió a saltar el foso hacia el camino y troto rumbo a casa con sus dos padrinos, al parecer anonadados por el vertiginoso desenlace del encuentro. Esa noche, D'Hubert terminó la carta de felicitaciones a su hermana.

La acabó muy tarde. Era una carta larguísima. El capitán dio rienda suelta a su imaginación. Dijo a su hermana que se sentiría muy solo después del cambio que ocurriría en su vida; pero pronto llegaría también el día en que él mismo se casaría. Efectivamente, soñaba con épocas futuras en que ya no habría nadie con quien pelear en Europa y que todas las campañas estuvieran terminadas. «Espero entonces —escribía— encontrarme a una prudente distancia del bastón de mariscal, y para esa fecha tú ya serás una mujer casada llena de experiencia. Entonces me buscarás una esposa. Es probable que cuando esto ocurra, me encuentre un poco calvo y un tanto *blasé*. Desearé entonces una muchacha joven, hermosa, por supuesto, y con una apreciable fortuna que me ayude a terminar mi gloriosa carrera con el esplendor que corresponda a mi alto rango.» Terminaba relatando que acababa de dar una lección a un fastidioso y pendenciero individuo que se imaginaba ofendido por él. «Pero si en la lejanía de tu provincia —continuaba— oyes alguna vez decir que tu hermano es un hombre belicoso, no lo creas. No se puede prever cuántos chismes de nuestro ejército pueden llegar a tus inocentes oídos. Pase lo que pasare, puedes estar segura de que tu amante hermano no es un duelista.» En seguida el capitán D'Hubert arrugó en su puño la hoja vacía encabezada sólo con las palabras: «Mi última voluntad y testamento», y la danzó al fuego con una gran carcajada. Ya, no le importaba un bledo lo que aquel demente pudiera tramar. Había llegado de pronto al convencimiento de que su adversario era

absolutamente impotente para afectar su vida en cualquier sentido, a excepción, tal vez, de su peculiar capacidad para introducir un episodio particularmente excitante en los deliciosos y alegres intervalos entre dos campañas.

Pero de aquí en adelante no volverían a repetirse los pacíficos interludios en la carrera del capitán D'Hubert. Cruzó los campos de Eylau y Friedland, avanzando y retrocediendo por la nieve, el fango y las polvorientas planicies de Polonia; recogiendo distinciones y ascensos en todos los caminos de la Europa Nororiental. Entretanto, el capitán Feraud, trasladado al Sur con su regimiento, proseguía una guerra infructuosa en España. Sólo cuando empezaron los preparativos para la campaña rusa, se le envió nuevamente al Norte. Abandonó sin pena la patria de las mantillas y las naranjas.

Los primeros síntomas de una discreta calvicie agregaban distinción a la altiva frente del coronel D'Hubert. Esta parte de su rostro ya no era blanca y suave como en su juventud; la bondadosa y franca mirada de sus ojos se había endurecido un poco, como si esta expresión se debiera al esfuerzo continuo de atisbar a través del humo de las batallas. La negra cabellera del coronel Feraud, áspera y crespa como un gorro de crin, mostraba ya muchas hebras plateadas junto a las sienes. Una detestable campaña de emboscadas y desafortunadas sorpresas no había mejorado su carácter. La curva pronunciada de su nariz se vela desagradablemente acentuada por los profundos pliegues que flanqueaban su boca. La órbita redonda de sus ojos irradiaba mil arrugas. Más que nunca tenia el aspecto de algún pájaro irritable y de fija mirada; era como un cruce entre loro y lechuza. Todavía manifestaba agresivamente su repugnancia por «los individuos intrigantes». Aprovechaba la menor oportunidad para declarar que él no iba a buscar sus promociones en las antesalas de los mariscales. Los infortunados —civiles o militares— que con la intención de hacerse agradables rogaban al coronel Feraud que contara la forma cómo se le había producido aquella visible cicatriz en la frente, se sorprendían al ser desairados en diversas formas, algunas de ellas simplemente groseras y otras misteriosamente sarcásticas. Los oficiales más jóvenes eran amablemente aconsejados por sus

compañeros de mayor experiencia; para que no miraran la cicatriz del coronel. Pero tenía que ser muy novicio en la profesión el oficial que no hubiera oído hablar de la legendaria historia de aquel duelo originado en una secreta e imperdonable ofensa.

Capítulo III

La retirada de Moscú sumergió todo sentimiento particular en un océano de desastre y miserias. Coroneles sin regimiento, D'Hubert y Feraud esgrimían sus mosquetes en las filas del llamado Batallón Sagrado, batallón compuesto de oficiales de todas las armas que ya no tenían tropas que dirigir.

En aquel batallón, los coroneles hacían las veces de sargentos; los generales comandaban las compañías, y un mariscal de Francia, príncipe del Imperio, tenia la autoridad máxima sobre todos ellos. Se habían armado con los mosquetes recogidos por el camino y los cartuchos arrebatados a los muertos. En medio de la destrucción general de los lazos de la disciplina y el deber que mantienen la integridad de las compañías, batallones, regimientos, brigadas y divisiones de una hueste armada, estos hombres se esforzaban en mantener un remedo de orden y formación. Los únicos rezagados eran aquellos que se rendían para entregar al hielo sus cuerpos extenuados. Continuaban avanzando penosamente y su paso no interrumpía el mortal silencio de las estepas, resplandecientes al lívido fulgor de la nieve bajo un cielo color ceniza. El viento elevaba sus remolinos por la planicie, arremetía contra la columna, la envolvía en un torbellino de agujas de hielo y amainaba sólo para revelar su trágico esfuerzo de avance desprovisto del brío y el ritmo del paso marcial.

Aquellos hombres proseguían su marcha sin cruzar palabras ni miradas; filas enteras caminaban codo a codo, durante días y días, sin levantar los

ojos del suelo, como sumidas en desesperada meditación. En las silenciosas y negras selvas de pinos, no escuchaban otro ruido que el crujir de las ramas sobrecargadas de nieve. A menudo sucedía que desde el amanecer a la noche, nadie pronunciaba una sola palabra en toda la columna. Era como un macabro desfile de fantasmas hacia una tumba lejana. Sólo algún aislado ataque de los cosacos restablecía entre ellos un remedo de marcial resolución. El batallón hacía frente y se desplegaba, o formaba en cuadros bajo el eterno revolotear de los copos de nieve. Una nube de jinetes tocados con gorras de piel y con las lanzas en ristre, aullando: «¡Hurra! ¡Hurra!», galopaba alrededor de sus amenazadoras siluetas inmóviles, mientras con apagada detonación mil llamas de un rojo intenso cruzaban la atmósfera nublada por la espesa nevada. Al cabo de pocos minutos los jinetes desaparecían, como si la tormenta arrastrara sus formas ululantes, y el Batallón Sagrado, inmóvil, solo en medio de la ventisca, escuchaba el silbido penetrante del viento que les clavaba las uñas en el mismo corazón. Luego, con uno o dos gritos de *Vive l'Empereur*!, reanudaban la marcha, dejando tras sí algunos encogidos cuerpos inanimados, diminutas manchas en medio de la inmensidad de las estepas nevadas.

Aunque se encontraran en las filas o luchando juntos por entre los bosques, los dos coroneles se ignoraron mutuamente, no tanto por enemistad como por auténtica indiferencia. Toda su provisión de energía moral se concentraba en la resistencia contra la naturaleza hostil y la agobiadora certidumbre del irremediable desastre. Hasta el final se les contó entre los más activos, los menos desmoralizados del batallón; su vigorosa vitalidad los investía a ambos de heroicos relieves a los ojos de sus compañeros. Y nunca cambiaron más de una o dos palabras, a excepción de aquel día en que, a la cabeza del batallón, mientras resistían un peligroso ataque de caballería, se encontraron de pronto aislados en los bosques por un pequeño grupo de cosacos. Varios barbudos jinetes con gorras de piel galopaban a su alrededor, blandiendo las lanzas en amenazador silencio; pero los dos oficiales no tenían intenciones de deponer las armas, y de pronto el coronel Feraud pronunció con voz ronca y gruñona, apuntando con su fusil:

—Encárguese usted del bruto más próximo, coronel D'Hubert, el siguiente correrá de mi cuenta. Tengo mejor puntería que usted.

El coronel D'Hubert asintió por encima de su levantado mosquete. Tenían las espaldas apoyadas en un ancho tronco y frente a ellos un enorme montón de nieve los, protegía de una carga directa. Dos disparos cuidadosamente dirigidas resonaron en el ambiente helado. Dos cosacos se retorcieron sobre sus monturas. Los demás, considerando peligroso el juego, rodearon a los compañeros heridos y se alejaron al galope: Los dos oficiales lograron reunirse al batallón detenido para pasar la noche. Más de una vez aquella tarde se habían prestado mutuo apoyo, y, finalmente, el coronel D'Hubert, cuyas largase piernas le daban una considerable ventaja para caminar por la blanda nieve, se apoderó decididamente del mosquete del coronel Feraud y se lo echó al hombro valiéndose del propio como de un cayado.

En las afueras de una aldehuela, medio enterrada en la nieve, un viejo bodegón de madera ardía con claras llamas inmensas. El Batallón Sagrado de esqueletos cubiertos de harapos se aglomeraba ávidamente par el lado del viento, extendiendo hacia la lumbre cientos de manos entumecidas y entecas. Nadie había observado su llegada. Antes de penetrar en el circulo de luz reflejada sobre los demacrados rostros famélicos de ojos vidriosos, el coronel D'Hubert habló a su vez:

—Aquí tiene su mosquete, coronel Feraud. Yo camino mejor que usted.

El coronel Feraud asintió y avanzó hacia el calor del incendio. El coronel D'Hubert procedió con más delicadeza, pero no con menos decisión, a procurarse un lugar, en la primera fila. Aquellos que apartaban a un lado para avanzar, intentaban celebrar con una débil expresión de júbilo la reaparición de los dos compañeros invencibles en la actividad y en la resistencia. Estas viriles virtudes probablemente jamás han recibido un homenaje más sublime que esta lánguida aclamación.

Esta es la historia fiel de las frases cambiadas entre el coronel Feraud y el coronel D'Hubert durante la retirada de Moscú.

El taciturno silencio de Feraud era la expresión del furor reprimido. Pequeño, peludo, negro, con costras de mugre y la hirsuta maraña de una

crespa barba naciente, con una mano helada envuelta en harapos y sostenida en cabestrillo, acusaba a la fortuna de haberse ensañado con incomparable perfidia en el sublime Hombre del Destino. Con los largos bigotes colgando en estalactitas, de hielo a ambos lados de sus labios morados y partidos, con los párpados inflamados por el fulgor de la nieve, constituyendo la parte principal de su indumentaria un abrigo de piel de cordero, robado al cadáver helado de un espía encontrado en una carreta, el coronel D'Hubert tomaba las cosas con más filosofía. Su rostro, habitualmente hermoso, reducido ahora a los huesos y la piel descarnada, asomaba por una toca femenina de terciopelo negro sobre la cual se había calado a la fuerza un tricornio recogido bajo las ruedas de un furgón militar vacío, que en un tiempo debió contener el equipaje de algún alto funcionario. El abrigo de piel de cordero resultaba muy corto para su elevada estatura y la piel de sus muslos, amoratada por el frío, asomaba por las rasgaduras de sus miserables ropas. En semejantes circunstancias este hecho no provocaba bromas ni piedad. A nadie le importaba ni el aspecto ni los sentimientos de su vecino. Endurecido por el sufrimiento, el coronel D'Hubert padecía principalmente en su amor propio por la lamentable indecencia de su indumentaria. Cualquiera persona irreflexiva podría pensar que con todo un ejército de cuerpos inanimados, jalonando los caminos de la retirada, no podía haber mucha dificultad en remediar estas deficiencias. Pero despojar a un cadáver congelado de un par de pantalones, no es tan fácil como pueda parecer a un simple teórico. Se precisan tiempo y fuerzas para llevar a cabo esta tarea. Era necesario quedarse rezagado mientras los compañeros continuaban avanzando. El coronel D'Hubert sentía ciertos escrúpulos en salir de las filas. Si las abandonaba, no tenía seguridad de poder reunirse nuevamente a su batallón, y la macabra intimidad de una lucha cuerpo a cuerpo con un cadáver congelado, que opondría a todos sus esfuerzos la invencible rigidez del hierro, repugnaba a sus delicados sentimientos. Afortunadamente un día, al escarbar en un montón de nieve, junto a las chozas de una aldea, en busca de alguna patata, helada o cualquier leguminosa que llevarse a los largos dientes castañeteantes, el coronel D'Hubert descubrió un par de aquellas esteras con que los campesinos rusos acostumbran forrar los costados de sus

carretas. Envolviendo con ellas su esbelta figura, y bien amarradas a la cintura, después de haber sacudido la nieve que las Impregnaba, estas esteras le procuraron un extraño atavío, una especie de enagua tiesa, que dio al coronel D'Hubert un aspecto de impecable decencia, pero mucho más extravagante que antes.

Así equipado, prosiguió en la retirada, sin dudar jamás de su salvación personal, pero obsesionado por otras preocupaciones. La primera efervescencia de su fe en el futuro se había desvanecido. Si las rutas de la gloria conducían a través de tan inesperados episodios, se preguntaba pues era de naturaleza reflexiva si el guía sería tan de confiar. Lo embargaba una patriótica melancolía, no exenta de personales cuidados, y muy diferente a la irrazonable indignación, contra hombre y cosas, que el coronel Feraud sustentaba. Recobrando fuerzas en una pequeña ciudad alemana durante tres semanas, el coronel D'Hubert quedó atónito al descubrirse un fuerte amor al reposo. Su recobrado vigor era de aspiraciones extrañamente pacificas. Meditó silenciosamente sobre este curioso cambio de temperamento. Sin duda muchos de sus compañeros en las filas experimentaban la misma transformación moral, pero no era oportuno hablar ahora de ello. En una de las cartas a su familia, D'Hubert escribió: *Todos tus proyectos para casarme con la encantadora joven que has descubierto en tu vecindad, mi querida Leonie, me parecen más que nunca irrealizables. Aun no tendremos paz. Europa necesita otra lección. Será una dura tarea para nosotros, pero la llevaremos a cabo, porque el Emperador es invencible*.

De este modo escribía el coronel D'Hubert desde Pomerania a su hermana casada Leonie, que residía en el Sur de Francia. Y los sentimientos expresados en esta misiva no habrían podido ser impugnados por el coronel Feraud, que no escribía a nadie, cuyo padre fue un herrero analfabeto, que no tenia hermanos ni hermanas, y que nadie deseaba ardientemente unir a alguna encantadora damisela para que disfrutara de una vida pacífica. Pero la carta del coronel D'Hubert contenía también algunas generalizaciones filosóficas sobre la inseguridad de todas las esperanzas personales, al encontrarse estrechamente ligadas a la prestigiosa suerte de un hombre,

aunque grande en verdad, humano al cabo en medio de su exaltación. Esta opinión habría sido calificada de simple herejía, por el coronel Feraud.

Cualquier melancólico presentimiento de orden militar, cautelosamente manifestado, habría sido señalado nada menos que como alta traición por éste. Pero Leonie, la hermana del coronel D'Hubert, recibió la carta con profunda satisfacción, la dobló pensativa y observó para sí «que era muy probable que Armand resultara ser un hombre muy sensato». Desde su matrimonio, efectuado con un miembro de una familia meridional, se había convertido en una fervorosa creyente en el retorno del rey legítimo. Llena de esperanzas y ansiedad, mañana y tarde ofrecía oraciones a este efecto y en las iglesias encendía cirios por la salud y prosperidad de su hermano.

Tenía muchos motivos para creer que sus oraciones eran escuchadas. El coronel D'Hubert pasó por Lutzen, Bautzen y Leipzig sin sufrir mutilaciones y aumentando en cambio su excelente fama. Adaptando su conducta a las necesidades de aquella época desesperada, jamás manifestó sus decepciones. Las ocultaba bajo una alegre cortesía de tan agradable especie, que la gente se preguntaba asombrada si el coronel D'Hubert no se daba cuenta de los desastres. No sólo sus modales, sino su mirada misma, permanecieron imperturbables. La expresión siempre acogedora de sus ojos azules desconcertaba a todos los descontentos y aplacaba la desesperación.

Esta actitud fue favorablemente observada por el propio Emperador, pues el coronel D'Hubert, agregado ahora al servicio del general de Estado Mayor, se encontró varias veces dentro del radio visual imperial. Pero esta misma serenidad exasperaba el carácter más impetuoso del coronel Feraud. Al pasar por Magdeburgo en actos del servicio, éste se permitió decir, refiriéndose al adversario de toda su vida, mientras permanecía tristemente sentado junto a la mesa del *Comandant de Place*:

—Ese hombre no ama al Emperador.

Y sus palabras fueron recibidas por los demás invitados en medio de un profundo silencio. Espantado en lo hondo de su conciencia por la atrocidad de su acusación, el coronel Feraud sintió la necesidad de apoyarse en un poderoso argumento.

—Nadie puede conocerlo mejor que yo —exclamó agregando algunas maldiciones—. Cada cual estudia a su adversario. Como todo el ejército sabe, nos hemos enfrentado una media docena de veces en el campo del honor. ¿Qué más quieren? Si esto no es suficiente para que cualquier idiota conozca a su hombre, que el diablo me lleve.

Y miró en derredor con expresión sombría y obstinada.

Más tarde, en París, cuando se encontraba extraordinariamente ocupado en reorganizar su regimiento, el coronel Feraud supo que D'Hubert había ascendido a general. Fijó en su informante una mirada incrédula, en seguida cruzó los brazos y se alejó refunfuñando:

—Nada me sorprende ya de parte de ese hombre.

Y en voz alta agregó, hablando por encima del hombro:

—Le agradecería que advirtiera al general D'Hubert, en la primera ocasión posible, que su promoción lo libra temporalmente de un grave encuentro. Sólo estaba esperando que llegara aquí.

El otro oficial objetó:

—¿Cómo puede pensar en ello, coronel Feraud, ahora que cada vida debería ser exclusivamente consagrada a la gloria y seguridad de Francia?

Pero la tensión de la desdicha causada por los reveses militares había agriado el carácter del coronel Feraud. Como a muchos hombres, la desgracia lo corrompía.

—No puedo atribuir a la existencia del general D'Hubert ningún valor relativo a la gloria o la seguridad de Francia —replicó cínicamente—. Supongo que no pretenderá conocerlo mejor que yo…, yo que me he batido con él en media docena de duelos…, ¿no es así?

Hombre joven, su interlocutor no contestó. El coronel Feraud empezó a pasearse por la pieza.

—No es época ésta en que se deban disimular las cosas —dijo—. No puedo creer que ese hombre haya amado alguna vez al Emperador, Recogió sus estrellas de general bajo las botas del mariscal Berthier. Yo obtendré la.5 mías en otra forma, y entonces liquidaremos de una vez este asunto, que se prolonga demasiado.

Informado por vías indirectas de la actitud del coronel Feraud, el general D'Hubert esbozó un gesto como quien echa de lado a un personaje importuno. Su preocupación giraba alrededor de asuntos más graves. No había tenido tiempo de ir a visitar a su familia. Su hermana, cuyas esperanzas monarquistas crecían día a día, no obstante lo orgullosa que de él se sentía, lamentaba hasta cierto punto su promoción, pues ésta lo señalaba claramente con el favor del usurpador, lo que más tarde podría perjudicarlo en su carrera. El le escribió advirtiéndole que sólo un inveterado enemigo podría decir que había obtenido su ascenso por favoritismo. En cuanto a su carrera, 1e aseguraba que no veía en el futuro más allá del próximo campo de batalla.

Iniciando la, campaña de Francia en este lamentable estado de ánimo, el general D'Hubert fue herido en el segundo día de la batalla de Laon. Al ser trasladado fuera del campo, oyó que el coronel Feraud, ascendido a general en ese mismo momento, había sido enviado a reemplazarlo a la cabeza de su propia brigada. Maldijo impulsivamente su suerte, incapaz de comprender a primera vista todas las ventajas que le aportaría una grave herida. Sin embargo, por este medio enérgico, la Providencia se disponía a forjar su futuro. Dirigiéndose lentamente hacia la residencia campestre de su hermana, al cuidado de un fiel servidor, el general D'Hubert escapó a todas las humillaciones y cavilaciones que torturaron a los hombres del imperio napoleónico cuando se produjo el derrumbe. Tendido en su lecho, con la ventana de par en par abierta al sol de Provenza, percibió por fin claramente los indiscutibles beneficios que le aportó aquel dentado fragmento de obús prusiano que, al matar su caballo y rasgarle el muslo, lo salvó de un hondo conflicto de conciencia. Al cabo de catorce años transcurridos sobre la silla de montar y con la espada en la mano, y con un sentido del deber ampliamente cumplido, el general D'Hubert descubrió que la resignación era una virtud fácil. Su hermana se sentía encantada de su sometimiento. «Me pongo íntegramente en tus manos, mi querida Leonie», le había dicho él.

Convalecía aún cuando, gracias a la favorable influencia de la familia dé su cuñado, recibió del gobierno monárquico no sólo la confirmación de

su rango, sino la seguridad de que continuaría en el servicio activo. A esto se añadía un ilimitado permiso de convalecencia. La opinión desfavorable que de él se tenia en los círculos bonapartistas aunque sólo se apoyaba en las declaraciones sin fundamento de Feraud fue directamente responsable de su permanencia en la lista activa. En cuanto al general Feraud, también se le confirmó en su rango. Era más de lo que había esperado, pero el mariscal Soult, entonces ministro de la guerra del rey restituido, favorecía a los oficiales que habían luchado en España. Pero ni siquiera la protección del mariscal era lo suficientemente poderosa para procurarles una ocupación. Feraud permaneció irreconciliable, ocioso y siniestro. En oscuros restaurantes buscaba la compañía de otros oficiales, a media paga, que conservaban con veneración, en el bolsillo del pecho, las ajadas pero gloriosas cocardas tricolores, y lucían en sus viejas chaquetas los botones con el águila imperial prohibida, resistiéndose al cambio prescrito bajo el pretexto de que su pobreza no les permitía el gasto.

El regreso triunfante de la Isla de Elba, hecho histórico tan maravilloso y sorprendente como las hazañas de algún semidiós mitológico, sorprendió al general D'Hubert demasiado débil aún para montar un caballo. Tampoco podía caminar bien. Estos impedimentos físicos, que Madame Leonie consideraba afortunadísimos, colaboraron a apartar a su hermano de todo peligro posible. Sin embargo, notó con desaliento que su estado de ánimo estaba muy lejos de ser razonable. Este general, amenazado aún de la pérdida de un miembro, fue una noche sorprendido en las caballerizas del castillo por un criado que, al divisar una luz, sembró la alarma temiendo una incursión de ladrones. La muleta yacía medio enterrada en la paja y el general saltaba en una pierna sobre un cajón vacío, esforzándose en ensillar un fogoso caballo. Tales eran los efectos de la fascinación imperial sobre el espíritu de un hombre de temperamento calmado y mente serena. Acosado, a la luz de los faroles de la caballeriza, por los llantos, las *súplicas, la indignación, las reconvenciones y reproches de su familia, salió de esta difícil situación desmayándose oportunamente en los brazos del más próximo pariente, y en este estado se le condujo a su lecho. Antes que pudiera levantarse de nuevo, el segundo reinado de Napoleón, los Cien Días

de febril agitación y supremo esfuerzo se desvanecieron como una terrorífica pesadilla. El año trágico de 1815, iniciado en medio de preocupaciones e inquietudes, terminó con vastos proyectos de venganza.

Cómo el general Feraud escapó a las garras de la Comisión Especial y a los Últimos servicios de un pelotón de fusilamiento, ni él mismo lo supo jamás. Se debió esto en parte al papel subalterno que se le asignó durante los Cien Días. El Emperador no le concedió nunca el mando activo, sino que lo mantuvo ocupado en la guarnición de caballería en París, preparando y enviando rápida, mente expertos soldados a los campos de batalla. Considerando esta tarea indigna de sus méritos, se había desempeñado sin un celo especial, pero fue la intervención del propio general D'Hubert la que lo salvó definitivamente de los excesos de la reacción monárquica.

Gozando aún de su permiso de convalecencia, pero ya en estado de viajar, éste había, sido enviado por su hermana para que se presentara a su legítimo soberano. Como nadie en la capital podía conocer los detalles de la escena en la caballeriza, fue recibido allí con honores. Militar hasta lo más hondo de su alma, la posibilidad de continuar en su carrera lo compensaba de ser el objeto de la malevolencia bonapartista, que lo perseguía con una tenacidad que le parecía inexplicable. Todo el rencor de aquel partido perseguido y amargado lo señalaba a él cómo el hombre que «jamás» amó al Emperador, una especie de monstruo esencialmente más perverso que un simple traidor.

El general D'Hubert se encogía de hombros, indiferente a este feroz prejuicio. Desairado por sus antiguos amigos y profundamente desconfiado de las atenciones de la sociedad monarquista, el joven y apuesto general (apenas contaba cuarenta años) adoptó una actitud de fría y puntillosa cortesía que, a la menor insinuación de una solapada ofensa, se trocaba en impenetrable altivez. En esta forma precavido, el general D'Hubert atendía a sus asuntos en París, sintiéndose íntimamente dichoso con aquella peculiar y alentadora sensación de felicidad, que es privilegio del hombre enamorado. La niña encantadora buscada por su hermana se había presentado en escena conquistándolo completamente, en aquella forma única que una muchacha muy joven se apodera de un hombre de cuarenta

años por el solo hecho de existir en su presencia. Se casarían apenas el general D'Hubert obtuviera su nombramiento oficial para el mando prometido.

Una tarde, sentado en la *terrasse* del Café Tortoni, el general D'Hubert se impuso, por la conversación de dos desconocidos instalados en una mesa vecina, de que el general Feraud, incluido en el número de oficiales detenidos después del segundo regreso del rey, estaba en peligro de pasar ante la Comisión Especial. Ocupados todos sus momentos de ocio —como a menudo ocurre a los enamorados— en vivir anticipado a la realidad en un estado de maravillosa alucinación, fue preciso que el nombre de su perpetuo antagonista fuera pronunciado en voz alta para arrancar al más joven de los generales de Napoleón de la contemplación mental de su prometida. Miró a su alrededor. Los desconocidos llevaban trajes de civiles. Delgados y curtidos por la intemperie, reclinados en sus sillas, miraban a la multitud con ceñudo y desafiante menosprecio por debajo del ala de sus sombreros muy hundidos sobre los ojos. Era fácil reconocerlos como dos de los oficiales de la Vieja Guardia a los cuales se había impuesto el retiro. Por bravata o negligencia hablaban con voz muy alta, y el general D'Hubert, que no veía motivo para cambiar de asiento, oyó todo lo que decían. Al parecer no eran amigos personales del general Feraud. Su nombre iba incluido entre otros. Al oírlo varias veces repetido, las tiernas ensoñaciones del general D'Hubert sobre un futuro doméstico, adornado por la gracia exquisita de una mujer, se vieron interrumpidas bruscamente por la aguda nostalgia de su pasado guerrero, de aquel prolongado y embriagador choque de las armas, único en la magnitud de su gloria y su desastre, obra maravillosa y posesión exclusiva de su generación. Lo invadió una insensata ternura hacia su antiguo adversario y consideró con emoción la locura criminal que su encuentro introdujo en su vida. Era como un sabor particularmente picante agregado a un guiso bien sazonado. Recordó su gusto con súbita melancolía. Jamás volvería a sentirlo. Todo aquello había terminado. «Me imagino que el dejarlo allí tirado en el jardín lo exasperó desde el principio», pensó con indulgencia.

Los dos desconocidos guardaron silencio después de haber pronunciado por tercera vez el nombre del general Feraud. De pronto, el que parecía de más edad, tomó nuevamente la palabra y afirmó, en tono amargo, que la suerte de Feraud estaba echada. ¿Y por qué? Simplemente porque no era como otros individuos infatuados, que sólo se amaban a sí mismos. Los monárquicos sabían que nunca obtendrían nada de él. Amaba demasiado al Otro.

El Otro era el hombre de Santa Elena. Los dos oficiales asintieron y chocaron sus copas antes de beber por un imposible retorno. Entonces, el mismo que había hablado antes observó con una irónica carcajada:

—Su adversario ha demostrado más habilidad.

—¿Qué adversario? — preguntó el más joven, con cierta sorpresa.

—¿No lo sabe, acaso? Eran dos húsares. Después de cada ascenso se batían. ¿No ha oído entonces hablar del duelo que dura desde 1801?

Por supuesto, había oído hablar del duelo. Ahora comprendía la alusión. El barón general Hubert podría ahora disfrutar en paz del favor de su obeso rey.

—Que le haga buen provecho —farfulló el más viejo—. Ambos eran unos valientes. Nunca conocí a este D'Hubert; era una especie de presumido intrigante, según me han dicho. Pero no me cabe duda de que he oído decir de él, a Feraud, que nunca amó al Emperador.

Se levantaron y partieron.

El general D'Hubert sintió el espanto de un sonámbulo que despierta de un agradable sueño de actividad para encontrarse caminando por un tremedal. Lo sobrecogió un profundo horror por el terreno sobre el cual avanzaba. Hasta la imagen de la encantadora joven fue arrastrada por la ola de la angustia moral. Cuanto había sido o aspirado a ser le parecía una amarga ignominia si no lograba salvar al general Feraud de la suerte que amenazaba a tantos valientes. Bajo el impulso de esta, casi morbosa necesidad de procurar la salvación de su adversario, el general D'Hubert se desempeñó tan bien con pies y manos (como dicen los franceses), que en menos de veinticuatro horas encontró el medio de obtener una audiencia extraordinaria y privada con el ministro de policía.

El barón D'Hubert fue introducido a su presencia sin anuncio previo. En la penumbra del gabinete del ministro, tras la masa del escritorio, las sillas y algunas mesas, entre dos ramos luminosos de bujías de cera, que emergían de unos candelabros de pared, divisó una alta figura ataviada de una magnifica casaca, pavoneándose ante un gran espejo. El viejo *conventionnel* Fouché, senador del imperio, traidor a todo hombre, principio y causa de la conducta humana, duque de Otranto y astuto promotor de la Segunda Restauración, se probaba el traje de corte, con el cual su joven y bella *fiancée* deseaba ver su retrato pintado en porcelana. Era un capricho, un encantador antojo que el ministro de policía se apresuraba a satisfacer. Pues este hombre, a menudo comparado por su astucia con el zorro, pero cuya moral podría simbolizarse acertadamente nada menos que con la fétida mofeta, estaba tan embargado por su amor como el propio D'Hubert.

Disgustado al ser sorprendido en esta situación por la torpeza de un criado, afrontó, sin embargo, esta pequeña humillación con la característica impudicia que le había servido tan provechosamente en las interminables Intrigas de su egoísta carrera. Sin alterar un ápice su actitud, con una pierna enfundada en media de seda y ligeramente estirada, la cabeza torcida sobre el hombro izquierdo, llamó con toda calma:

—Por aquí, general. Por favor, acérquese. Y bien, soy todo oídos.

Mientras el general D'Hubert, molesto como si a él mismo se le hubiese descubierto en una debilidad, exponga su demanda en la forma más rápida posible, el duque de Otranto continuó probando el ajuste del cuello, estirando las solapas ante el espejo y ciñéndose la espalda en un esfuerzo por mantener en su sitio las colas bordadas de oro de la casaca. Su rostro sereno, sus ojos escrutadores, no habrían podido expresar un mayor interés en estas cosas si hubiera estado solo.

—¿Excluir de los juicios de la Corte Especial a un tal Feraud, Gabriel Florián, general de brigada en la promoción de 1814? —repitió en tono ligeramente sorprendido y en seguida se apartó del espejo—. ¿Por qué excluirlo a él precisamente?

—Me admira que Su Excelencia, tan competente en la valorización de los hombres de su época, haya considerado ese nombre digno de ser

colocado en la lista.

—¡Es un bonapartista fanático!

—Cada granadero y cada soldado del ejército es igual, como Su Excelencia lo sabe perfectamente. Y la personalidad del general Feraud no tiene más valor que la de cualquier granadero. Es un hombre de escasa capacidad mental, de ningún talento auténtico. Es inconcebible suponer que pueda tener alguna influencia.

—Sin embargo, tiene una lengua activísima —intervino Fouché.

—Es bullanguero, convengo en ello, pero de ningún modo peligroso.

—No deseo discutir con usted. No sé casi nada sobre el personaje. En realidad apenas conozco su nombre siquiera.

—Y, sin embargo, Su Excelencia es el presidente de la comisión encargada por el rey de indicar a aquellos que deben ser procesados —dijo el general D'Hubert con un énfasis que no pasó inadvertido del ministro.

—Sí, general —respondió dirigiéndose hacia la parte más obscura de la vasta sala y dejándose caer en una honda silla, que pareció engullirlo, dejando visibles sólo el suave fulgor del oro de los bordados y la mancha pálida del rostro—. Sí, general, siéntese allí.

El general tomó asiento.

—Sí, general —continuó el maestro en las artes de la intriga y la traición, cuya duplicidad (como si a veces a él mismo le resultara intolerable) se desahogaba en verdaderos estallidos de cínica franqueza—. Es verdad que me apresuré en la formación de la Comisión Proscriptiva y tomé su presidencia. ¿Pero sabe usted por qué? Sencillamente porque temía que si no me precipitaba a tomarla rápidamente en mis manos, mi propio nombre encabezaría la lista de los condenados. Tales son los tiempos en que vivimos. Pero todavía soy ministro del rey y le ruego que me declare francamente por qué desea que saque de la lista el nombre de ese oscuro Feraud. Le sorprende a usted que se lo haya colocado allí. ¿Es posible que conozca tan poco a los hombres? Mi querido general, ya en la primera; sesión celebrada por la comisión, los nombres nos cayeron encima como la lluvia sobre el techo de las Tullerías. ¡Nombres! Teníamos miles para elegir. ¿Cómo sabe usted si el nombre de este Feraud, cuya vida o muerte no

tendría ninguna importancia para Francia, no oculta alguna otra personalidad?

La voz que brotaba de las profundidades del sillón se detuvo. Enfrente estaba sentado el general D'Hubert, inmóvil, sombrío y callado. Sólo de vez en cuando se ola el metálico temblor de su sable. La voz en el sillón comenzó nuevamente:

—También debemos procurar satisfacer las exigencias de los soberanos aliados. Sólo ayer el príncipe de Talleyrand me dijo que Nesselrode lo había informado, oficialmente, del disgusto con que Su Majestad el Emperador Alejandro veía el escaso número de escarmientos que el gobierno del rey se proponía efectuar, particularmente entre los militares. Le refiero esto en forma confidencial.

—¡Dios mío! —exclamó el general D'Hubert con los dientes apretados —. Si Su Excelencia piensa honrarme con alguna otra información confidencial, no sé lo que haré. Lo que acaba de decirme es suficiente para que uno sienta deseos de quebrar la espada sobre la rodilla y tirar los pedazos…

—¿A qué clase de gobierno se había Imaginado usted estar sirviendo? — lo interrumpió con brusquedad el ministro.

Al cabo de un corto silencio, el general D'Hubert respondió con voz abatida:

—Al gobierno de Francia.

—Acalla usted su conciencia con simples frases vacías, general. La verdad es que usted está sirviendo a un gobierno de desterrados que regresan, de hombres que durante veinte años carecieron de patria. De hombres que también se reponen ahora de un terrible y humillante temor… No tenga ninguna ilusión sobre ellos.

El duque de Otranto calló. Se había aliviado y lograba su objeto al rebajar un tanto el amor propio de un hombre que lo había sorprendido en ridículos pavoneos, con bordado traje de corte, ante un espejo. Pero estos militares eran tipos testarudos y reflexionó que sería poco conveniente que un general de cierta influencia, recibido en audiencia bajo la recomendación de uno de los príncipes, procediera con escandalosa precipitación después

de haber celebrado una entrevista privada con el ministro. Con un tono diferente planteó esta pregunta:

—¿Es pariente suyo este Feraud?

—No, de ninguna manera.

—¿Un amigo íntimo?

—Intimo…; si. Existe entre nosotros una relación de tal naturaleza que convierte para mí en un punto de honor el tratar de…

El ministro tocó una campanilla sin esperar la terminación de la frase. Cuando el criado se hubo marchado, después de colocar sobre la mesa escritorio un par de pesados candelabros de plata, el duque de Otranto se levantó, el pecho deslumbrante de dorados reflejos acentuados por la luz más potente, y sacando una hoja de un cajón, la sostuvo ostentosamente en la mano mientras decía con persuasiva dulzura:

—No debe usted hablar de quebrar su espada sobre la rodilla, general. Es muy probable que jamás consiguiera otra. Esta vez el Emperador no regresará… *Diable d'homme*! Hubo un momento aquí en París, inmediatamente después de Waterloo, en que realmente me asustó. Parecía dispuesto a comenzar todo de nuevo. Afortunadamente, es ésta una hazaña que nunca se cumple. No debe pensar en quebrar su espada, general.

Con la vista baja, el general movió ligeramente las manos en un desesperado gesto de renunciación. El ministro de policía apartó de él los ojos y examinó detenidamente la hoja que desde hacía un rato tenía levantada.

—Sólo se ha elegido a veinte generales para que sirvan de escarmiento. Veinte. Un número redondo. Y veamos, Feraud… ¡Ah! Aquí está. Gabriel Florian. *Parfaitement*. Este es su hombre. Bueno, entonces sólo habrá diecinueve escarmientos.

El general se levantó con la sensación de haber padecido una grave enfermedad infecciosa.

—Debo rogar a Su Excelencia que guarde el más profundo secreto sobre mi intervención. Doy la mayor importancia al hecho de que siempre Ignore…

—¿Y quién podría informarlo, dígame? —preguntó Fouché escrutando con curiosidad el rostro tenso y demacrado del general D'Hubert—. Coja una de esas plumas y borre usted mismo el nombre. Esta es la única lista que existe. Si cuida usted de mojar su pluma con suficiente tinta, nadie podrá averiguar jamás cuál fue el nombre borrado. Pero, *par exemple*, yo no soy responsable de lo que Clarke haga en seguida con él. Si persiste en su fanatismo, el Ministerio de la Guerra lo obligará a residir en algún pueblecito de provincia, bajo vigilancia policíaca.

Pocos días más tarde, el general D'Hubert decía a su hermana, después de los primeros saludes de bienvenida:

—¡Ah! Mi querida Leonie, no sabes qué prisa tenia en abandonar París.

—Efectos del amor —insinuó ella con una sonrisa maliciosa.

—Y del horror —agregó el general D'Hubert, con profunda gravedad—. Creí morirme allí… de asco.

Tenía el rostro contraído de repugnancia. Y mientras su hermana lo observaba atentamente, continuó:

—Tuve que ver a Fouché. Me dieron audiencia. Estuve en su despacho. Todo aquel que se ha visto en la desgraciada necesidad de respirar el mismo aire con ese hombre,, conserva una sensación de dignidad rebajada, una desagradable impresión de no estar tan limpio como uno deseara… Pero tú no puedes comprender.

Ella asintió rápidamente varias veces. Al contrario, comprendía perfectamente. Conocía a fondo a su hermano y le gustaba tal como era. Además el desprecio y el odio de la humanidad entera se volcaban sobre el *jacobin* Fouché, quien, explotando en beneficio propio cada debilidad, cada virtud o ilusión generosa de los hombres, engañó y traicionó a toda su generación, muriendo finalmente olvidado como duque de Otranto.

—Mi querido Armand —dijo ella llena de compasión—. ¿Qué has podido necesitar de ese individuo?

—Nada menos que una vida humana, —contestó el general D'Hubert—. Y la obtuve. Tenía que hacerlo. Pero siento ahora que jamás podré perdonar al hombre que tuve que salvar, la situación en que hube de ponerme por su seguridad.

Totalmente incapaz (como en la mayoría de los casos a todos nos sucede) de comprender la razón de los acontecimientos, el general Feraud recibió la orden, del ministro de la guerra, de trasladarse inmediatamente a un pueblecito de la Francia Central, con un sentimiento cuya expresión natural se tradujo en un salvaje crujir de dientes y una fiera mirada de extravío en los ojos. La terminación del estado de guerra, única condición social que conociera, el espantoso espectáculo de un mundo en paz, lo aterrorizaban. Se marchó al pueblecito que le indicaran, firmemente convencido de que aquello no podía durar. Allí se le informó de su retiro del ejército y que su pensión (correspondiente en el escalafón a su rango de coronel) dependería en lo porvenir de la corrección de su conducta y los buenos informes que de él emitiera la policía. ¡Ya no pertenecía al ejército! Se sintió de pronto desligado de la tierra, como un espíritu separado del cuerpo. Era imposible existir así. Pero al principio reaccionó por simple incredulidad. Esto no podía ser. Aguardó truenos, terremotos, cataclismos naturales, pero nada ocurrió. La pesada carga de un ocio irremediable cayó sobre el general Feraud, quien, por no contar dentro de si mismo con recursos de salvación, se sumió en un estado de lastimoso entorpecimiento. Deambulaba por las calles del pueblecito, con la mirada opaca fija en una vaga lejanía, indiferente a los sombreros que se levantaban en un saludo a su paso, y la gente al verlo se codeaba diciendo:

—Ese es el pobre general Feraud., Tiene el corazón destrozado. Te puedes imaginar cuánto amaba al Emperador.

Los demás despojos sobrevivientes del naufragio napoleónico rodeaban al general Feraud con infinito respeto. El mismo se imaginaba que el dolor desgarraba su. alma. Padecía de deseos rápidamente sucesivos de llorar, aullar, morderse los puños hasta hacerlos sangrar; de pasar los días tendido sobre el lecho con la cabeza bajo la almohada; pero estos arrebatos eran simplemente provocados por el tedio, por la angustia de un inmenso, indescriptible e inconcebible aburrimiento. Su incapacidad mental para captar la naturaleza irremediable de su caso fue lo único que lo salvó del suicidio. No pensaba en nada… Perdió el apetito, y la dificultad que experimentaba para expresar la abrumadora opresión de sus sentimientos

(ni las más furiosas blasfemias lograban aliviarlo) lo sumió gradualmente en un obstinado silencio, especie de muerte para el temperamento meridional.

Inmensa fue, pues, la sorpresa que experimentaron los *anciens militaires* que frecuentaban cierto pequeño café infestado de moscas, cuando en una tarde sofocante aquel «pobre general Feraud» estalló bruscamente en una formidable andanada de maldiciones.

Había estado tranquilamente sentado en su rincón preferido, revisando los diarios parisienses, con el mismo interés que un condenado a muerte podría manifestar por las noticias el día antes de su ejecución. Un racimo de rostros marciales y bronceados, entre los cuales se destacaba uno al cual faltaba un ojo y otro que había perdido la punta de la nariz, helada en la campaña rusa, lo rodearon llenos de ansiedad.

—¿Qué sucede, general?

Muy rígido, éste sostenía el periódico doblado con el brazo muy extendido para ver mejor la pequeña letra de imprenta. Leyó para sí, una vez más, fragmentos de la noticia que había causado lo que podría llamarse su resurrección.

Estamos informados de que el general D'Hubert, con permiso de convalecencia hasta la fecha, será llamado para asumir el mando de la 5ª. brigada de Caballería…

Dejó caer pesadamente el diario… Llamado a asumir el mando…, y de pronto se dio en la frente una ligera palmada:

—Casi lo había olvidado —murmuró en tono de remordimiento.

Un veterano de hundido pecho gritó desde un extremo del café:

—¿Alguna nueva infamia del gobierno, general?

—Las infamias de estos desalmados son innumerables —tronó el general Feraud—. Una más, una menos…

Y bajó la voz para decir:

—Pero por lo menos he de corregir una de ellas.

Observó los rostros agrupados a su alrededor.

—Existe un melindroso y elegante oficialito de Estado Mayor, favorito de uno de los mariscales que vendieron a su padre por un puñado de oro

inglés. Tengo que hacerle presente ahora que aún estoy vivo —declaró en tono dogmático—. Pero éste es un asunto privado. Un antiguo conflicto de honor. ¡Bah! Ya nuestro honor no significa nada. Henos aquí desechados, con las orejas gachas como un tropel de caballos de batalla inservibles…, dignos sólo del equipo de un titiritero. Pero sería como vengar al. Emperador… *Messieurs*, necesito el apoyo de dos de vosotros.

Todos dieron un paso adelante. Profundamente conmovido por esta demostración, el general Feraud llamó a su lado, con visible emoción, al veterano coracero que carecía de un ojo y al oficial de cazadores a caballo que había perdido en Rusia la punta de la nariz. Se excusó ante los demás por su elección.

—Se trata de un asunto de caballería…, de manera que…

Le respondió un animado coro de *Parfaitement, mon Général… c'est fuste… Parbleu, c'est connu…* Todo el mundo estaba satisfecho. Los tres salieron juntos del café, acompañados de gritos de *Bonne chance*!

Afuera se tomaron del brazo, dejando al general en medio. Los tres ajados tricornios, colocados *en bataille* con una siniestra inclinación sobre los ojos, obstruían casi de lado a lado la estrecha calleja. El caluroso pueblecito de piedras grises y rojos tejados dormía aquella tarde provinciana bajo su cielo muy azul. Los rudos golpes de un tonelero que colocaba los arcos a un casco retumbaban con regularidad entre las casas. A la sombra de los muros el general avanzaba arrastrando un poco el pie izquierdo.

—Ese maldito invierno de 1813 se me ha metido definitivamente en los huesos. No importa. Tendremos que servirnos de pistolas, eso es todo. Un poco de lumbago. Nos batiremos con pistolas. Esto me conviene. Mi vista es tan aguda como de costumbre. Debierais haberme visto en Rusia cazando a esos escurridizos cosacos con un inmundo mosquete de infantería. Tengo un talento natural para el manejo de las armas de fuego.

En este estado de ánimo, el general Feraud avanzaba rápidamente, con la cabeza erguida, sus ojos de lechuza y su nariz de ave de rapiña. Luchador toda su vida, oficial de caballería, un cabal *sabreur*, comprendía la guerra en la forma más simplista, como un conjunto de disputas personales, una

especie de duelo gregario. Y he aquí que ahora se le presentaba, una guerra propia. Se sintió revivir. La sombra de la paz se apartaba de él como la sombra de la muerte. Era la maravillosa resurrección del llamado Feraud, Gabriel Florian, *engagé volontaire* en 1793, general en 1813, enterrado sin ceremonias por medio de una orden del servicio firmada por el Ministro de la Guerra de la Segunda Restauración.

Capítulo IV

Ningún hombre triunfa en todo lo que emprende. En este sentido somos todos unos fracasados. Lo importante es no desfallecer en el intento de organizar y mantener el esfuerzo de nuestra vida. Y en esto, lo que nos empuja adelante es la vanidad. Nos precipita a situaciones en las cuales resultamos perjudicados, y sólo el orgullo es nuestra salvaguardia, tanto por la reserva que impone sobre la elección de nuestra conducta, como por la virtud de su poder de resistencia.

El general D'Hubert era orgulloso y reservado. No lo habían alterado sus diversas aventuras amorosas, triunfantes o no. En su cuerpo lleno de guerreras cicatrices, conservaba a los cuarenta años un corazón intacto. Habiendo aceptado con reserva los proyectos matrimoniales de su hermana, se sintió de pronto irremediablemente enamorado, tal como se cae de un tejado. Era demasiado orgulloso para experimentar temor. En realidad, la sensación que lo embargaba era tan deliciosa que no podía alarmarlo.

La inexperiencia de un hombre de cuarenta años es mucho mas peligrosa que la inexperiencia de un muchacho de veinte, pues no la impulsa el entusiasmo de una sangre ardiente. La joven era misteriosa, como lo son las adolescentes, nada más que a causa de su recatada ingenuidad; pero el enigma de la muchacha se le antojó a él excepcional y fascinante. Sin embargo, no existía el menor secreto en las disposiciones del matrimonio que Madame Leonie había convenido. Tampoco tenían nada de particular. Era una unión muy apropiada, considerada con muy buenos ojos

por la madre de la joven (.su padre había muerto), y muy tolerable según la opinión del tío de ésta, un anciano emigré que recientemente regresara de Alemania, y vagaba, bastón en mano, como un escuálido fantasma del *ancien régime*, por los floridos senderos de la mansión ancestral de la joven prometida.

El general D'Hubert no era hombre que se conformara sólo con una mujer y su fortuna, llegado el caso. Su orgullo (y este sentimiento exige siempre un triunfo auténtico) no estaría satisfecho más que con la certidumbre de un amor correspondido. Pero como el verdadero orgullo prescinde de la vanidad, no podía imaginarse que existiera alguna razón por la cual esta misteriosa criatura, con sus profundos y resplandecientes. ojos color violeta, pudiera experimentar hacia él un sentimiento más cálido que la simple indiferencia. La joven (cuyo nombre era Adèle) rechazaba toda tentativa destinada a aclarar este punto. Es verdad que estas maniobras eran tímidas y torpes, pues en ese entonces, el general D'Hubert había adquirido una aguda conciencia de sus años, sus heridas, sus muchas imperfecciones morales, su secreta insignificancia, e incidentalmente había aprendido por la experiencia el significado de la palabra miedo. Hasta la fecha sólo le parecía percibir que, con una ilimitada confianza en el amor y la sagacidad de su madre, ella no experimentaba una insuperable aversión hacia su persona y que esto era muy suficiente en una joven bien educada para iniciarse en la vida matrimonial. Este punto de vista hería y atormentaba el orgullo del general D'Hubert. No obstante, se preguntaba, con una especie de dulce desesperación, ¿qué más podía esperar? Ella poseía una frente serena y luminosa. Sus ojos violeta reían mientras la línea de sus labios y el mentón conservaban una admirable gravedad. Todo esto se encontraba coronado por tan magnífica cabellera rubia, por una tez tan maravillosamente pura, por tal gracia en la expresión, que el general D'Hubert no tuvo jamás oportunidad de considerar con la suficiente lucidez las nobles exigencias de su orgullo. En realidad, lo sobrecogió una especie de temor a esta clase de investigaciones desde que, una o dos veces, lo arrastraron a crisis de solitaria pasión en las qué comprendió claramente que la amaba tanto, que estaba dispuesto a matarla antes que renunciar a ella.

De tales accesos —bien conocidos por los hombres de cuarenta años—, emergía destrozado, agotado, lleno de remordimientos y bastante desalentado. En cambio, obtenía un considerable consuelo —sentado de vez en cuando junto a una ventana durante largas horas por la noche— en la práctica más serena de la meditación sobre el milagro de la vida de Adèle, como un fervoroso creyente en la mística contemplación de su fe.

No se crea por esto que los cambios producidos en su ánimo fueran visibles al mundo externo. El general D'Hubert no tenía dificultad en mostrarse lleno de sonrisas. Porque en realidad era muy dichoso. Se sometía a las costumbres establecidas en su situación, enviando flores todas las mañanas (del jardín de su hermana y de los invernaderos), acudiendo más tarde a almorzar con su prometida, la madre y el tío emigré de ésta. Pasaban la mitad del día paseando o sentadas a la sombra. Una atenta deferencia, vacilante al borde de la ternura, era el carácter dominante de sus relaciones por parte de él, que ocultaba tras un alegre juego de palabras la profunda emoción que provocaba en todo su ser la inaccesible proximidad de la joven. A avanzadas horas de la tarde, el general D'Hubert se dirigía a su casa cruzando por los viñedos, sintiéndose a veces intensamente desgraciado, otras supremamente feliz, muchas veces sumido en pensativa tristeza; pero experimentando siempre una particular intensidad de vida, esa exaltación común a los artistas, los poetas y los amantes, a los hombres presas de una gran pasión, un noble ideal o una nueva visión de la belleza plástica.

El mundo externo no tenía para el general D'Hubert una existencia definida. Sin embargo, una tarde, al cruzar una colina desde la cual se divisaban las dos casas, el general D'Hubert distinguió la silueta de dos hombres al fondo del camino. El día había sido espléndido. Las galas exuberantes del cielo inflamado prestaban una luminosidad especial a las sobrias tonalidades del paisaje sureño. Las rocas grises, los campos terrosos, el púrpura, el horizonte ondulante, armonizaban en refulgentes gradaciones, exhalando ya los aromas de la noche. Las dos figuras al fondo del camino se destacaban como dos siluetas recortadas en madera, rígidas y negras sobre la cinta de polvo blanco. El general D'Hubert reconoció los

largos y rectos capotes militares abrochados hasta los corbatines negros, los tricornios, los rasgos morenos, esmirriados, enérgicos; eran viejos soldados, *vieilles moustaches*. El más alto llevaba un parche oscuro sobre un ojo, y el rostro duro y seco del otro presentaba una inquietante y extraña peculiaridad cuyo origen se descubría, al acercarse, en la falta de la punta de la nariz. Levantando las manos para saludar al civil ligeramente cojo que caminaba apoyado en un grueso bastón, preguntaron por la casa donde vivía el barón general D'Hubert, y cuál sería la mejor manera de abordarlo para sostener una conversación privada.

—Si este lugar os parece lo suficiente reservado —les dijo el general D'Hubert, lanzando una mirada a los viñedos rodeados de un margen purpúreo y dominados por el nido de muros grises y pardos de una aldea prendida sobre el extremo cónico de una colina, de tal manera que la tosca torre de la iglesia parecía sólo una coronación de roca—: Si consideráis este lugar lo bastante discreto, podéis hablar con él al punto. Y os ruego, camaradas, que habléis francamente y con entera confianza.

Al oír esto, cavilaron un momento después de llevarse de nuevo las manos al sombrero con marcada ceremonia. Luego, el de la nariz amputada, hablando por ambos, dijo que se trataba de un asunto confidencial que había de tratarse con suma discreción. Su cuartel general se encontraba establecido en aquella aldea donde los endemoniados campesinos —¡malditos fueran sus traidores corazones monárquicos! —observaban con hostilidad a los tres modestos militares. Por el momento, sólo deseaba preguntar el nombre de los amigos del general D'Hubert.

—¿Qué amigos? —preguntó éste con asombro y enteramente despistado—. Vivo allí con mi cuñado.

—Bueno, él podría servir en este caso —dijo el mutilado veterano.

—Somos los padrinos del general Feraud —intervino el otro, que había permanecido silencioso hasta ese momento, observando con su único ojo al hombre que «jamás» amó al Emperador. Era algo digno de contemplarse. Pues hasta los engalanados Judas que lo vendieron a los ingleses, los mariscales y príncipes, lo amaron siquiera en alguna época de su vida. Pero

este hombre «nunca» lo amó. El general Feraud lo había declarado perentoriamente.

El general D'Hubert sintió una fuerte conmoción dentro del pecho. Durante la fracción infinitesimal de un segundo, le pareció que la rotación de la tierra se hacía perceptible con un leve y espantoso crujido que perturbaba la calma eterna de los espacios. Pero este rumor de la sangre en sus oídos se desvaneció pronto. Involuntariamente murmuró:

—¡Feraud! Había olvidado su existencia.

—Existe y en forma por demás incómoda, es verdad, en la infame posada de ese nido de salvajes que se ve allí. arriba —pronunció secamente el coracero tuerto—. Llegamos aquí hace una hora montados en caballos de alquiler. El espera ahora con impaciencia nuestro regreso. Tenemos prisa, ya se lo puede imaginar. El general ha contravenido la orden ministerial, a fin de obtener de usted la satisfacción a que las leyes del honor le dan derecho, y, naturalmente, está ansioso de terminar pronto, antes que la gendarmerie de con su pista.

El otro aclaró un poco más la idea.

—Tenemos que regresar a nuestro retiro, ¿comprende? ¡Uf! Nada más prudente. Nosotros también andamos escapados. Su amigo el rey se consideraría feliz de podernos suprimir la sabrosa pitanza en la primera oportunidad. Corremos un grave riesgo. Pero el honor está ante todo.

El general había recobrado el uso de la palabra.

—De manera que ustedes vienen así, por el camino, a invitarme a una degollina con ese…, ese…

Y se apoderó de él una especie de furia hilarante.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

Con las manos empuñadas sobre las caderas reía sonoramente, sin reprimirse, mientras sus interlocutores permanecían rígidos en su extrema flacura, como si súbitamente se les hubiera hecho surgir del suelo por medio de una trampa. Aunque sólo veinticuatro años antes fueran los amos de Europa, ya tenían el aspecto fantasmal de los seres del pasado; parecían menos substanciales, con raídos capotes, que sus estrechas sombras estiradas oscurísimas, sobre el blanco camino; sombras militares y

grotescas de veinte años de guerra y conquistas. Tenían el aspecto exótico de dos imperturbables bonzos de la religión de la espada. Y el general D'Hubert, también él uno de los ex amos de Europa, se reía de estos graves fantasmas que lo detenían en su camino.

Indicando al risueño general con un movimiento de cabeza, uno de ellos dijo:

—Es un alegre compañero éste.

—Algunos entre nosotros ni han sonreído siquiera desde el día en que el Otro se fue —observó su camarada.

Un violento impulso de lanzarse y golpear a estos fantasmas insubstanciales atemorizó al general D'Hubert. Bruscamente cesó de reír. Ahora sólo deseaba librarse de ellos, apartarlos pronto de su vista antes que perdiera todo dominio de sí mismo. Le asombraba la indignación que sentía crecer gradualmente en su pecho. Pero en este momento no tenía tiempo para reflexionar sobre la naturaleza de esta extraña sensación.

—Comprendo que deseen terminar conmigo lo más pronto posible. No perdamos tiempos en ceremonias huecas. ¿Ven aquel bosque al pie de ese faldeo? Sí, el bosque de pinos. Encontrémonos allí al amanecer. Llevare conmigo mi espada o mis pistolas, o ambas si lo preferís.

Los padrinos del general Feraud se miraron.

—Las pistolas, general —dijo el coracero.

—Está bien. *Au revoir*, hasta mañana temprano. Permitidme que os aconseje que hasta entonces permanezcáis ocultos si no queréis que la *gendarmerie* investigue vuestra presencia aquí antes de que oscurezca. Los forasteros son muy escasos en esta parte del país.

Se saludaron en silencio. Volviendo la espalda a las siluetas que se alejaban, el general D'Hubert permaneció largo rato inmóvil en medio del camino, mordiéndose el labio inferior y con la vista clavada en el suelo. En seguida echó a andar en línea recta, volviendo así sobre sus pasos hasta situarse frente a las rejas del jardín de la casa de su prometida. Ya había anochecido. Como paralizado, estuvo mucho rato mirando a través de los barrotes la mansión, que se señalaba claramente entre los árboles y arbustos. El cascajo crujió de pronto bajo unos pasos y una alta y

desgarbada figura surgió de la avenida lateral que seguía por dentro del muro del parque.

Le *Chevalier de Valmassigue*, tío de la adorable Adèle, ex brigadier en el ejército de los príncipes, encuadernador en Altona, más tarde zapatero en otra ciudad alemana (reputado por su elegancia en la confección del calzado femenino), lucía medias de seda en sus flacas piernas, usaba zapatillas con hebillas de plata y una levita de brocado. Una casaca de largos faldones, a la *française*, cubría con sus amplios pliegues la delgada y encorvada espalda. Un pequeño tricornio reposaba sobre una masa de cabellos empolvados, atados en singular coleta.

—*Monsieur le Chevalier* —lo llamó suavemente el general D'Hubert.

—¿Qué? ¿Usted de nuevo aquí, *mon ami*? ¿Ha olvidado, algo?

—¡Cielos! Eso es precisamente lo que me sucede. Había olvidado algo. He venido a decírselo: No…, aquí afuera. Junto a esta pared. Es demasiado horroroso para pronunciarlo donde ella vive.

El *chevalier* salió inmediatamente con aquella benevolente resignación que algunos ancianos demuestran hacia los raptos de la juventud. Superando por un cuarto de siglo la edad del general D'Hubert, en el fondo de su corazón lo consideraba como un joven enamorado un tanto impulsivo y fastidioso. Había oído muy bien sus enigmáticas palabras, pero no atribuía una importancia exagerada a lo que un exaltado joven de cuarenta años pudiera decir o hacer. La mentalidad de la generación francesa, desarrollada durante sus años de exilio, le resultaba casi ininteligible. Sus sentimientos se le antojaban demasiado violentos, faltos de finura y medida, su lenguaje innecesariamente exagerado. Salió tranquilamente al camino para reunirse al general y anduvieron un trecho en silencio, mientras éste trataba de dominar su agitación y gobernar debidamente su voz.

—Es perfectamente exacto; había olvidado algo. Olvidé hasta hace media hora que tengo entre manos un urgente desafío de honor que atender. Es increíble, pero es la verdad.

Durante un momento todo quedó quieto. Luego en el profundo silencio nocturno de los campos se elevó la vieja voz aguda, ligeramente temblorosa del *chevalier*:

—Monsieur! ¡Eso es deshonroso!

Este fue su primer pensamiento. La niña nacida durante su exilio, hija póstuma de su pobre hermano asesinado por una banda de jacobinos, había conquistado, desde su regreso, todo el cariño de su viejo corazón sometido durante tantos años a la magra dieta del recuerdo de sus afectos.

—¡Es inconcebible! ¡Vamos! Un hombre liquida semejantes asuntos antes de pensar en pedir la mano de una joven. De manera que si su olvido se hubiera prolongado durante diez años más, se habrá casado antes de recobrar la memoria… En mis tiempos los hombres no olvidaban estas cosas… ni tampoco el respeto que se debe a los sentimientos de una inocente niña. Si yo mismo no los respetara, calificaría ante ella su conducta en una forma por demás desagradable.

El general D'Hubert se desahogó francamente, gruñendo:

—Que no lo detenga esta clase de consideraciones. No corre el menor riesgo de herirla mortalmente.

Pero el anciano no prestó la menor atención a estos desvaríos de enamorado. Tampoco es seguro que oyera.

—¿De qué se trata? —preguntó—. ¿Cuál es la naturaleza del…?

—Llamémoslo una locura juvenil, Monsieur le Chevalier. Un inexplicable, un increíble resultado de…

Se detuvo en seco. «No me creerá nunca mi historia —pensó—. Se imaginará que me estoy burlando de él y se ofenderá.» Y el general D'Hubert volvió a hablar.

—Originado en una locura juvenil, se ha convertido en…

El chevalier lo interrumpió:

—Bueno, entonces tiene que arreglarse.

—¿Arreglarse?

—Si, no importa a costa de qué sacrificios de su *amour propre*. Debió haber recordado que estaba comprometido. También se olvidó de eso, supongo. Y luego, va usted y olvida su disputa. Es la más vergonzosa exhibición de ligereza de que jamás haya tenido noticia.

—¡Santo cielo, *monsieur*! No se imaginará usted que me enredé en esta riña la última vez que estuve en París, o algo por el estilo, ¿no es así?

—¿Qué importa la fecha exacta de su insensata conducta? —exclamó el *chevalier*, con petulancia—. Lo esencial ahora es arreglar la cosa.

Al observar que el general D'Hubert parecía inquieto y deseoso de interrumpirlo, el anciano emigré levantó una mano y pronunció con dignidad:

—Yo también he sido soldado. No me atrevería jamás a sugerir un procedimiento dudoso al hombre que ha de dar su nombre a mi sobrina: Pero le aseguro que entre *galants hommes* un desafío puede siempre solucionarse pacíficamente.

—Pero *saperlotte, Monsieur le Chevalier*!, esto sucedió hace quince o dieciséis años. Yo era entonces teniente de húsares.

El *chevalier* pareció confundido por la vehemente desesperación con que emitía esta información.

—Usted era, teniente de húsares hace dieciséis años —murmuró con asombro.

—¡Vamos! Por supuesto. No se imaginaria usted que me hicieron general en la cuna, como a un príncipe de sangre real.

En la creciente penumbra púrpura de los campos cuajados de hojas de vid, limitados al Oeste por una estrecha franja de oscuro carmesí, la voz del anciano ex oficial del ejército de los príncipes adquirió un tono de desconfianza y puntillosa urbanidad.

—¿Estoy soñando? ¿Es esto una broma? ¿O debo entender que ha estado usted posponiendo un lance de honor desde hace dieciséis años?

—Este asunto me ha perseguido durante todo ese tiempo. Eso es lo que quiero decir. Los motivos exactos de la disputa no son fáciles de explicar. En todos estos años nos hemos batido varias veces, naturalmente.

—¡Qué costumbres! ¡Qué perversión de la hombría¡ Nada podría justificar tan cruel ensañamiento sino la locura sanguinaria de la Revolución, absorbida por toda una generación —murmuró abstraído y en voz baja el *emigré*—. ¿Y quién es su adversario? —preguntó elevando el tono.

—¿Mi adversario? Se llama Feraud.

Sombrío, con su *tricorne* y sus ropas pasadas de moda, inmaterial como un escuálido y empolvado fantasma del *ancien régime*, el caballero evocó un remoto recuerdo:

—Me viene ahora a la memoria el lance de honor sostenido por la pequeña Sofía Derval entre Monsieur de Brissac, capitán de los Guardias, y D'Anjorrant (no el picado de viruelas, sino el otro, el *beau D'Anjorrant*, como se tenia costumbre de llamarle). Se batieron tres veces en dieciocho meses, en la forma más galante. Todo fue culpa de aquella pequeña Sofía que persistía en jugar…

—No se trata de nada parecido en mi caso —interrumpió el general D'Hubert y lanzó una carcajada irónica—: No es tan simple como eso —agregó—. Ni siquiera tan razonable —terminó en forma casi imperceptible y en seguida hizo crujir los dientes con rabia.

Después de esto, nada alteró el silencio durante un largo rato, hasta que el *chevalier* preguntó, sin animación:

—¿Quién es él…, ese Feraud?

—Teniente de húsares, también…, quiero decir, ya es general. Un gascón. Hijo de un herrero, según tengo entendido.

—Ya me lo imaginaba. Ese Bonaparte sentía una predilección especial por la *canaille*. No me refiero a usted, por supuesto, D'Hubert. Usted es de los nuestros, no obstante haber servido a este usurpador que…

—Dejémoslo en paz —interrumpió bruscamente el general D'Hubert.

El *chevalier* encogió sus hombros escuálidos. —Malhadado Feraud, hijo de un herrero y alguna zafia aldeana. Vea lo que resulta de mezclarse con gente de esa clase.

—Usted mismo ha hecho zapatos, *chevalier*.

—Sí, pero no soy hijo de zapatero. Ni usted tampoco, D'Hubert. Usted y yo tenemos algo de que carecen los príncipes, duques y mariscales de Bonaparte, y que ningún poder en la tierra podría darles —replicó el *émigré* con la creciente animación de un hombre que ha dado con un buen argumento—. Esa clase de gente no cuenta para nada… Todos esos Feraud. ¡Feraud! ¿Quién es el tal Feraud? Un *va-nu-pieds* disfrazado de general por un aventurero corso con pretensiones imperiales. No existe ninguna razón

en el mundo para que un D'Hubert se encanalle en un duelo con semejante individuo. Puede usted excusarse perfectamente de aceptar el desafío. Y si el *manant* se obstina en mantenerlo, puede simplemente rehusar el encuentro.

—¿Cree que puedo hacer eso?

—Por supuesto, sin ningún remordimiento.

—*Monsieur le Chevalier*! ¿A qué país cree haber regresado después de su destierro?

Esto fue dicho en un tono tan rudo, que el anciano levantó violentamente su cabeza inclinada, rodeada de un halo plateado bajo las puntas de su pequeño tricornio. Durante un momento guardó silencio.

—¡Sólo Dios lo sabe! —dijo, por fin, indicando con lento y grave ademán la alta cruz erigida al borde del camino sobre un pedestal de piedra, con sus brazos de hierro forjado extendidos, muy negros, contra la franja cada vez más roja del horizonte,. ¡Sólo Dios lo sabe! Si no fuera por este emblema que recuerdo haber visto en este mismo lugar, en los días de mi niñez, me preguntaría a qué hemos regresado los que permanecimos fieles a nuestro Dios y nuestro rey. La voz misma de la gente parece haber cambiado.

—Si, nos encontramos en una Francia muy cambiada —dijo el general D'Hubert.

Parecía haber recobrado su calma. Su tono era levemente irónico.

—Por eso no puedo aceptar su consejo. Además, ¿cómo podría uno rehusar a ser mordido por un perro que desea morder? Es imposible. Créame, Feraud no es un hombre a quien se pueda detener con rechazos y excusas. Pero habría otra manera de proceder. Podría, por ejemplo, enviar un mensajero con un recado al brigadier de la gendarmerie de Senlac. Una simple orden mía serviría para colocar bajo arresto a Feraud y sus dos amigos. Esto provocaría muchos comentarios en ambos ejércitos, tanto en el organizado como en el retirado…, especialmente en este último. Todos *canailles*. Todos en un tiempo compañeros de armas de Armand D'Hubert. ¿Pero qué puede importarle a un D'Hubert gente que no existe? O bien puedo enviar a mi cuñado para que informe al alcalde de la aldea. No se

necesitaría más para que persiguieran a los *brigands*, con horquetas y mayales, hasta lanzarlos dentro de algún buen foso hondo y húmedo…, y nadie sabría nada de lo ocurrido. Se hizo esto, a no menos de diez millas de distancia, con tres pobres diablos desbandados de los Lanceros Rojos de la Guardia, que se dirigían a sus hogares. ¿Qué 1e dicta su conciencia, chevalier? ¿Podría un D'Hubert proceder de esta manera con tres hombres que no existen?

Unas pocas estrellas, límpidas como el cristal, asomaban ya en la azul obscuridad del cielo. La voz delgada y seca del caballero pronunció con dureza:

—¿Por qué me dice esto?

El general apretó con fuerza la mano ajada del anciano.

—Porque debo hablarle a usted con entera franqueza. ¿Quién podría contarle a Adèle sino usted? ¿Comprende ahora por qué no me atrevo a confiar en mi cuñado, ni siquiera en mi propia hermana? *Chevalier*! He estado tan a punto de hacer estas cosas, que aun me estremezco. No sabe cuán espantoso me parece este duelo. Y no tengo escapatoria.

Al cabo de una pausa, murmuró:

—Es una fatalidad —soltó la mano pasiva del caballero y dijo en un tono habitual de conversación—: Tendré que presentarme sin padrinos. Si caigo en el campo del honor, por lo menos usted sabrá cuanto puede declararse en este asunto.

El sombrío fantasma del *ancien régime* parecía haberse encorvado más durante este diálogo.

—¿Cómo podré mantener un rostro indiferente, esta noche, ante esas dos mujeres? —gruñó—. ¡General! Me parece muy difícil perdonarlo. D'Hubert no contestó.

—¿Su causa es buena, por lo menos?

—Soy inocente.

Esta vez cogió el brazo esquelético del caballero y lo apretó con furor.

—¡Tengo que matarlo! —murmuró con los dientes apretados; y relajando la presión de su mano, se marchó aceleradamente por el camino.

La delicada atención de su devota hermana había procurado al general una absoluta libertad de movimientos en la casa donde vivía como huésped. Hasta tenía su entrada propia por una portezuela en un rincón del naranjal. De manera que esa noche no tuvo que disimular su agitación ante la serena ignorancia de los demás habitantes de la casa. Esta circunstancia lo alegraba. Le parecía que si tuviera que abrir los labios, estallaría en horribles e insensatas imprecaciones, que quebraría los muebles y haría mil pedazos las porcelanas y cristales. Desde el momento en que abrió su puerta privada y mientras trepaba los veintiocho peldaños de la escalera de caracol que conducía al corredor en que se encontraba su dormitorio, se imaginó la escena espantosa y humillante de un loco furioso, con los ojos inyectados de sangre y la boca llena de espuma, cometiendo todos los estragos imaginables en cuanto objeto inanimado pudiera encontrarse en un bien provisto comedor. Cuando abrió la puerta de su departamento, la crisis había pasado y su cansancio físico era tan grande, que hubo de apoyarse en el respaldo de las sillas hasta llegar a un diván sobre el cual se dejó caer pesadamente. Su postración moral era aun mayor. Ese sentimiento brutal que sólo había experimentado, sable en mano, al cargar contra el enemigo, asombraba a este hombre de cuarenta años que no reconocía en él la ira instintiva despertada por su pasión amenazada. Pero en su agotamiento físico y mental, esta pasión se refinó, se destiló, se cristalizó en un sentimiento de melancólica desesperación al pensar que tal vez moriría antes de haber enseñado a esa hermosa joven a amarlo.

Esa noche, el general D'Hubert, tendido sobre la espalda, con las manos sobre los ojos, o tumbado sobre el pecho con la cabeza hundida en un cojín, inició la peregrinación completa de sus emociones. Una profunda repugnancia de lo absurdo de su situación, las dudas sobre su habilidad para organizar su existencia y la desconfianza en sus más nobles sentimientos (¿para qué diablos había ido a visitar a Fouché?), todo esto lo atormentaba. «Soy un idiota, ni más ni menos —pensaba—. Un idiota sensiblero. Porque oí a dos individuos conversando en un café… Soy un imbécil que teme a las mentiras…, cuando sólo la verdad importa.»

Varias veces se levantó, caminando con los pies sólo cubiertos pon los calcetines, a fin de no perturbar el sueño de los que dormían abajo, y bebió toda el agua que pudo encontrar en la obscuridad. También conoció la tremenda tortura de los celos. Ella se casaría con otro. Su alma se estremecía con esta idea. La tenacidad de ese Feraud, la terrible persistencia de ese bruto, se 1e presentaba con la fuerza tremenda de un destino implacable. El general D'Hubert tembló al dejar la jarra de agua vacía. «Me matará», pensó. El general D'Hubert experimentaba toda la gama emocional que la vida nos ofrenda. Sentía en la boca seca el leve sabor asqueroso del miedo, no del miedo excusable ante la mirada cándida y regocijada de una joven, sino del terror a la muerte y el honrado temor del hombre a la cobardía.

Pero si el verdadero valor consiste en afrontar un peligro abominable ante el cual alma, cuerpo y corazón se rebelan, el general D'Hubert tuvo oportunidad de probar su fortaleza por primera vez en la vida. Se había lanzado alegremente a la carga contra baterías y escuadrones de infantería, y montado en su caballo había corrido con mensajes a través de una granizada de balas, sin importarle nada. Ahora tendría que deslizarse silenciosamente, al alba, para exponerse a una muerte obscura y repugnante. El general D'Hubert no vaciló. Colocó dos pistolas. en una bolsa de cuero que se echó al hombro. Antes de salir del jardín, ya tenia la boca seca de nuevo. Cogió dos naranjas. Sólo al cerrar la puerta tras si experimentó una ligera debilidad.

Avanzó tambaleante, sin hacer caso de ello, y al cabo de pocos metros había recobrado el dominio de sus piernas. En la pálida y diáfana luz del alba, el bosquecillo de pinos destacaba nítidamente sus columnas vegetales y su verde dosel sobre el fondo de rocas grises de la colina. Mantuvo los ojos resueltamente fijos en él al avanzar, mientras chupaba una naranja. Aquella bienhumorada serenidad ante el peligro, que cuando oficial lo hiciera querido de sus hombres y apreciado por sus superiores, comenzaba nuevamente a manifestarse. Al llegar a los deslindes del bosque se sentó sobre una piedra con la otra naranja en la mano y se reprochó de haber acudido tan temprano al lugar de la cita. No tardó mucho, sin embargo, en

escuchar un rumor de arbustos removidos, pasos sobre la tierra dura y las altas voces de una conversación. A su espalda oyó que alguien decía con fanfarronería:

—Esta liebre caerá en mi morral.

Pensó entonces: «Ya llegan. ¿Qué es eso de liebres? ¿Se refieren a mí?» Y mirando la otra naranja que le quedaba en la mano, reflexionó: «Estas naranjas son excelentes. Son del árbol de Leonie. Haría bien en comérmela en vez de tirarla.»

Surgiendo de un cúmulo de rocas y arbustos, el general Feraud y sus padrinos encontraron al general D'Hubert ocupado en pelar la fruta. Permanecieron inmóviles en espera de que levantara la vista. Luego los padrinos se sacaron los sombreros, mientras el general Feraud, cruzando las manos a la espalda, se apartaba un trecho.

—Me veo forzado a pedir a uno de ustedes que actúe como padrino mío, señores. No he traído amigos. ¿Estarían dispuestos?

El coracero tuerto dijo juiciosamente: —No podemos negarnos.

El otro veterano observó:

—Es extraño, sin embargo.

—Debido al estado de ánimo de la gente en esta parte del país, no tenia a nadie a quien confiar con entera seguridad el objeto de vuestra presencia aquí —explicó amablemente, el general D'Hubert.

Saludaron, lanzaron una mirada a su alrededor y observaron casi al mismo tiempo:

—Es un mal terreno.

—No sirve para el caso.

—¿Para qué preocuparnos del terreno, las medidas y lo demás? Simplifiquemos las cosas. Cargad los dos pares de pistolas. Yo tomaré las del general Feraud y él usará las mías. O más bien, mezclémoslas. Y nos batiremos con una de cada par. Nos internaremos en el bosque y dispararemos a discreción, mientras ustedes permanecen afuera. No hemos venido aquí a celebrar una ceremonia sino a trabarnos en una guerra a muerte. Cualquier terreno sirve para esta finalidad. Si yo caigo, debéis

abandonarme y huir. No sería prudente que os descubrieran aquí después de esto.

Al cabo de una corta consulta, el general Feraud se manifestó dispuesto a aceptar estas condiciones. Mientras los padrinos cargaban las pistolas, se le oyó silbar y se le vio frotarse las manos con absoluta satisfacción. Se despojó alegremente de la chaqueta, y el general D'Hubert procedió en igual forma doblando la suya cuidadosamente sobre una, piedra.

—Podría usted conducir a su apadrinado al Otro lado del bosque y dejarlo entrar exactamente dentro de diez minutos, a contar desde este momento —sugirió el general D'Hubert tranquilamente, pero con la sensación de que estaba dando instrucciones para su propia ejecución. Fue éste, sin embargo, su último momento de debilidad.

—Espere, comparemos antes los relojes. Sacó el suyo. El oficial de la nariz mutilada se dirigió al general Feraud para pedírselo prestado. Durante un momento permanecieron inclinados sobre las esferas.

—Eso es. A las seis menos cuatro minutos en el suyo. Menos siete en el mío.

El coracero permaneció junto al general D'Hubert, con su único ojo clavado persistentemente en la blanca circunferencia del reloj que sostenía en la palma de la mano. Abrió la boca en espera del golpe del último segundo, mucho antes de gritar:

—*Avancez*!

El general D'Hubert se adelantó, abandonando el sol brillante de una mañana provenzal por la sombra fresca y aromática de los pinos. El terreno era liso entre los troncos rojizos, cuyas líneas innumerables, inclinadas en ángulos ligeramente diferentes, confundieron en un principio su visual. Era como entrar en batalla. La confianza en sí mismo que da el hábito del mando despertó súbitamente en su pecho. Se sintió íntegramente posesionado de su papel. El problema era cómo matar al adversario. Nada menos podría librarlo de esta estúpida pesadilla. «No vale de nada herir a este bruto», pensó el general D'Hubert. Tenía fama de ser un hombre de recursos. Años atrás, sus camaradas tenían costumbre de llamarlo «El Estratega». Y era un hecho que ante el enemigo podía pensar. En cambio,

Feraud era sólo un luchador, pero desgraciadamente un hombre de inmejorable puntería.

—Tengo que provocar su disparo a la mayor distancia posible —se dijo el general D'Hubert. En ese instante divisó algo blanco que se movía muy lejos entre los árboles: la camisa de su adversario. Inmediatamente abandonó su refugio junto a un tronco, exponiéndose de pleno, y en seguida, rápido como el rayo, saltó atrás. Fue una maniobra arriesgada, pero logró su objeto. Casi simultánea al estampido de un balazo, una astilla arrancada por la bala, se le clavó dolorosamente en la oreja.

Con un proyectil menos, el general Feraud fue más prudente. Asomándose por un lado del árbol, el general D'Hubert no logró divisarlo. Esta ignorancia de la ubicación de su enemigo le produjo una sensación de inseguridad. El general D'Hubert se sintió terriblemente expuesto por los flancos y la retaguardia. De nuevo percibió un blanco revoloteo. ¡Ah!; el enemigo se encontraba aún al frente, entonces. Había temido un movimiento envolvente. Pero al parecer, el general Feraud no pensaba en ello. D'Hubert lo vio pasar, sin especial premura, de un árbol a otro, con francas intenciones de aproximación. Con gran lucidez mental, el general D'Hubert dominó el impulso de su mano. El blanco se encontraba aún demasiado lejos. Sabía bien que no era un buen tirador. Su táctica le indicaba esperar… para matar.

A fin de aprovechar el mayor espesor del tronco, se echó al suelo. Completamente extendido, con la cabeza hacia el enemigo, cubría perfectamente el cuerpo de todo ataque. No le convenía exponerse ahora, pues el otro se encontraba ya demasiado cerca. La idea de que el general Feraud pudiera cometer una imprudencia, produjo el efecto de un bálsamo en el alma de D'Hubert. Pero le resultaba incómodo y de ninguna utilidad, por el momento, mantener el mentón levantado del suelo. Atisbó cuidadosamente exponiendo una fracción de la cabeza, con gran temor, aunque en realidad con escaso riesgo. En efecto, su enemigo no esperaba ver parte alguna de su humanidad a tan escasa altura. El general D'Hubert obtuvo una fugaz visión de su adversario pasando de un árbol a otro con calmosa cautela. «Desprecia mi puntería», pensó, dando prueba de aquella

clarividencia en los propósitos del antagonista, que tanto sirve en el victorioso desenlace de las batallas. Se reafirmó en su táctica de inmovilidad. «Si sólo pudiera vigilar mi espalda y el frente al mismo tiempo», pensó con ansiedad, anhelando lo imposible.

Le exigió cierta fuerza de voluntad el depositar sus pistolas en el suelo, pero obedeciendo a una súbita ocurrencia, el general D'Hubert lo hizo muy suavemente, dejando una a cada lado. En el ejército se le había considerado un tanto presuntuoso por su costumbre de afeitarse y ponerse una camisa limpia los días de batalla. En realidad, había sido siempre muy cuidadoso de su aspecto físico. En un hombre de cuarenta años, enamorado de una joven y encantadora muchacha, este encomiable rasgo de respeto humano puede conducir a pequeñas debilidades como, por ejemplo, la de llevar, en una elegante funda de cuero provista de un espejillo, un pequeño peine de marfil. Con las manos libres, el general D'Hubert buscó en los bolsillos de su pantalón este instrumento de inocente vanidad, muy excusable en el poseedor de unos largos y sedosos bigotes. Lo sacó y, en seguida, con la mayor sangre fría y rapidez, se tendió sobre la espalda. En esta postura, con la cabeza ligeramente levantada, sosteniendo el espejillo fuera del árbol, escrutó su superficie con el ojo izquierdo mientras el derecho podía mantener una vigilancia directa sobre la retaguardia. De esta manera quedó probada la frase de Napoleón que afirma que «para un soldado francés no existe la palabra imposible». Precisamente el árbol que le interesaba llenaba casi el espacio que el espejo podía abarcar.

—Si se mueve de ahí —reflexionó con satisfacción—, tendré que ver forzosamente sus piernas. De ninguna manera podrá sorprenderme desprevenido.

Y tal como lo previera, vio de pronto surgir y desaparecer las botas del general Feraud, eclipsando momentáneamente toda otra imagen reflejada en el espejillo. Cambió de posición de acuerdo con este movimiento. Pero obligado a formarse un juicio de la nueva situación mediante esta visual indirecta, no se imaginó que ahora sus pies y parte de sus piernas quedaban enteramente a la vista de su adversario.

Gradualmente crecía en el general Feraud el desconcierto ante la asombrosa habilidad de su enemigo para mantenerse a cubierto. Había ubicado con vengativa precisión el árbol tras el cual se refugiaba. Estaba absolutamente seguro de ello. Sin embargo, no había logrado hasta entonces divisar ni la punta de su oreja. Como lo buscaba a una altura de cinco pies y diez pulgadas del suelo, no era de sorprenderse; pero esta circunstancia resultaba extrañamente misteriosa para el general Feraud.

La vista de esos pies y piernas provocaron una brusca afluencia de sangre a su cabeza. Literalmente se tambaleó a efectos de la sorpresa y hubo de apoyarse con una mano en el árbol. ¡El otro estaba tendido en tierra, entonces! ¡Caído! ¡Y absolutamente inmóvil! ¡Expuesto! ¿Qué podía significar eso?… La idea de que había acabado con su adversario al primer disparo, se insinuó en la mente del general Feraud. Una vez arraigada allí esta creencia, empezó a tomar cuerpo apoyada en la más atenta observación, sobreponiéndose a toda otra suposición, irresistible, triunfante, feroz.

—Qué estúpido he sido al pensar que pude errar el tiro —murmuró para sí—. Se expuso *en plein*…, ¡el idiota!…, por casi dos segundos.

El general Feraud observó las piernas inmóviles, fundiéndose los últimos vestigios de la sorpresa ante una inmensa admiración por su mortífera habilidad de tirador.

«¡Con los pies arriba! ¡Dios de la guerra, qué buen disparo! —se regocijaba mentalmente—. Le di en la cabeza, sin duda, precisamente donde apunté, cayó tambaleándose detrás de ese árbol, resbaló sobre la espalda y murió.»

¡Y miraba! Con los ojos clavados, olvidándose de avanzar, casi sobrecogido, casi apesadumbrado. Pero por nada del mundo hubiese deshecho lo cometido. ¡Qué disparo! ¡Qué disparo! '¡Resbaló sobre la espalda y murió! Pues era esta posición indefensa, tendido sobre la espalda, lo que daba tal convencimiento al general Feraud. Jamás se imaginó que hubiera sido adoptada deliberadamente por un hombre vivo. Era inconcebible. Quedaba fuera de toda suposición sensata. No era posible dudar de la razón de aquella postura. Ha de agregarse que los pies del

general D'Hubert parecían auténticamente muertos. El general Feraud expandió el pecho para lanzar un llamado a sus padrinos, pero se retuvo un momento, de lo que consideró una manifestación de excesivos escrúpulos.

«Iré primero a ver si todavía respira», murmuró para si, abandonando sin cuidado el amparo del árbol.

Este movimiento fue inmediatamente captado por el ingenioso general D'Hubert. Pensó que se trataba de un nuevo cambio de refugio; pero cuando las botas desaparecieron de la superficie del espejo, se inquietó. El general Feraud se había apartado sólo ligeramente de la línea, pero su adversario no podía imaginarse que avanzara hacia él con perfecta despreocupación. Pensando en dónde se habría ocultado el otro, el general D'Hubert se encontraba tan completamente desprevenido, que la primera señal de peligro consistió en la larga sombra matinal de su enemigo cruzando al sesgo sus piernas extendidas. ¿No había oído siquiera el ruido de los pasos, casi imperceptibles sobre el blando suelo?

Esto fue superior a su calma proverbial. Se incorporó de un salto, impulsivamente, dejando sus pistolas en tierra. El instinto irresistible de cualquier hombre (a menos que se encontrara completamente paralogizado por la sorpresa) habría sido de inclinarse a recoger sus armas, exponiéndose a ser muerto en esta postura. Pero, naturalmente, el instinto es irreflexivo. Esta es su definición misma. Pero valdría la pena averiguar si en el hombre reflexivo se atrofian los impulsos mecánicos del instinto por el hábito de pensar. En su juventud, el estudioso y prometedor oficial Armand D'Hubert había emitido la opinión de que en la guerra «jamás se debía intentar corregir un error». Esta idea, defendida y desarrollada en muchas discusiones, había entrado a formar parte de sus nociones adquiridas, se había convertido en parte integral de su personalidad mental. Sea que esta idea hubiera arraigado tan profundamente al extremo de afectar los dictados de su instinto o simplemente porque —como lo declaró él mismo más tarde — estaba «tan asustado que se olvidó de la existencia de las malditas pistolas», el hecho es que el general D'Hubert no intentó recogerlas. En vez de corregir su error, se cogió con ambas manos al tronco áspero y se ocultó detrás con tal impetuosidad que, esquivando justo a tiempo el fogonazo y el

estampido del balazo, reapareció al otro lado del árbol para encontrarse cara a cara con el general Feraud. Completamente desconcertado por esta prueba de agilidad de parte de un difunto, éste temblaba aún. Una levísima nube de humo permanecía suspendida a la altura de su rostro, dándole un aspecto extraño, como si la mandíbula inferior se hubiera desgonzado.

—¡No erré! —gritó, con voz ronca, desde 1o hondo de la garganta seca.

Este sonido siniestro rompió el hechizo que embotaba los sentidos del general D'Hubert.

«Si, erró…, *à bout portant*», oyó exclamar su propia voz casi antes de haber recobrado el completo dominio de sus facultades. La recuperación de sus sentidos fue acompañada de un súbito instinto de furia homicida, reuniendo en su violencia todo el rencor acumulado en una vida entera. Durante largos años, el general D'Hubert se había sentido humillado y exasperado por el atroz absurdo que le imponía el capricho_ salvaje de este hombre. Además, en esta última ocasión, había experimentado tan particular aversión a exponerse a la muerte, que la reacción de su angustia debía lógicamente involucrar el deseo de matar.

—Y todavía me quedan dos disparos a discreción —agregó, con crueldad.

El general Feraud apretó los dientes y en su rostro se pintó una expresión altanera e iracunda.

—¡Dispare, pues! —dijo, siniestramente. Estas habrían sido sus últimas palabras si el general D'Hubert hubiese tenido las pistolas en las manos. Pero en ese momento se encontraban aún abandonadas al pie de un pino. D'Hubert tuvo el segundo de tiempo necesario para recordar que había temido a la muerte, no como hombre, sino como enamorado; no como un peligro, sino como un rival; no como una amenaza a la vida, sino como un obstáculo al matrimonio. ¡Y he aquí que ante él se encontraba el rival vencido…, completamente desarmado, agobiado, destruido para siempre!

Recogió las armas con gesto mecánico, y en vez de descargarlas en el pecho del general Feraud, expresó la idea dominante en su cerebro:

—Ya no volverá usted a batirse en duelo. Su tono de serena e inefable satisfacción fue demasiado para el estoicismo de Feraud.

—¡Qué está pensando, que no dispara, maldito petimetre con sangre de horchata! —estalló bruscamente, aunque manteniendo el rostro impasible y erguido sobre el cuerpo rígido.

El general D'Hubert descargó cuidadosamente las pistolas. Esta operación fue observada con una extraña mezcla de sentimiento de parte del otro militar.

—Erró la puntería dos veces y la última a un paso de distancia —dijo fríamente el vencedor, pasando las dos pistolas a una mano—. Según todas las reglas del código, su vida me pertenece. Eso no quiere decir que desee acabar con usted en este momento.

—No deseo su clemencia. —murmuró sombríamente el general Feraud.

—Permítame decirle que no es eso lo que pretendo —dijo D'Hubert, cuyas palabras eran dictadas por una exquisita delicadeza de sentimientos. En un rapto de ira habría muerto a ese hombre, pero a sangre fría le repugnaba humillar con su generosidad a este ser insensato, camarada en la *Grande Armée*, compañero en las glorias y derrotas de la formidable epopeya militar—. Supongo que no pretenderá indicarme lo que debo hacer con algo que me pertenece.

El general Feraud miró asombrado, mientras el otro continuaba:

—Usted me ha obligado, por un compromiso de honor, a mantener mi vida a su disposición durante quince años. Está bien. Ahora que la cuestión se ha resuelto a mi favor, haré lo que me plazca con su vida, basándome en el mismo principio. Se mantendrá usted a mi disposición durante el tiempo que me parezca conveniente. Ni más ni menos. Permanecerá comprometido por su honor hasta que yo le avise.

—Convenido. Pero, *sacrêbleu*! Esta es una situación absurda para un general del Imperio —exclamó Feraud, con acentos de profunda y desesperada convicción—. Eso significa que tendré que pasar el resto de mi vida con una pistola cargada en un cajón, esperando a que usted decida. Es…, es estúpido. Seré un motivo… de… de burla.

—¿Absurdo? ¿Estúpido? ¿Le parece? —interrogó el general D'Hubert, con socarrona gravedad—. Es muy posible, Pero no veo cómo pueda remediarse. En todo caso, puede estar seguro de que no voy a pregonar los

detalles de esta aventura. No hay motivo para que se sepa nada al respecto. Tal como hasta la fecha nadie conoce el origen de nuestra disputa… Ni una palabra más —agregó terminantemente— no puedo discutir este asunto con un hombre que, en cuanto a mi respecta, no existe.

Cuando los dos duelistas salieron al campo raso, el general Feraud caminando un poco rezagado y con un aspecto de sonámbulo, los dos padrinos se precipitaron hacia ellos, cada uno desde su sitio en el deslinde del bosque. El general D'Hubert les habló con voz fuerte y clara:

—Señores, me complazco en declararles solemnemente, en presencia del general Feraud; que nuestra diferencia ha quedado definitivamente resuelta. Podéis informar al mundo entero de esta circunstancia.

—¡Reconciliados, por fin! —exclamaron a una.

—¿Reconciliados? No es eso exactamente. Es algo muchísimo más comprometedor, ¿no le parece, general Feraud?

Este sólo inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Los dos veteranos se miraron. Más tarde, cuando se encontraron lejos de su melancólico amigo, el coracero observó bruscamente:

—Hablando en términos generales, puedo ver con mi único ojo tanto como un ser normal. Pero esta vez me declaro vencido. Y él no quiere decir nada.

—Entiendo que en este lance de honor existió siempre algo que nadie en el ejército pudo jamás desentrañar —declaró el cazador de la nariz mutilada—. Empezó en el misterio, se desarrolló en el misterio y, al parecer, ha de terminar en la misma forma.

El general D'Hubert se dirigió a su casa a largos trancos apresurados, aunque la viveza de su paso no era en ningún modo inspirada por una sensación de triunfo. Había vencido, pero su conquista no parecía aportarle nada. La noche antes lamentó exponer su vida, que le parecía magnífica y digna de ser conservada, por la oportunidad que le brindaba de obtener el amor de una joven. En ciertos momentos había experimentado la maravillosa ilusión de que este amor ya le pertenecía y su vida amenazada se le figuraba entonces un instrumento portentoso de tierna devoción a la amada. Ahora que su existencia se encontraba a salvo, perdió de súbito su

calidad especial. En cambio, adquirió un aspecto particularmente alarmante, como si un cerco se estrechara en torno. En cuanto a la espléndida ilusión del amor conquistado, que por algunos momentos lo deslumbró durante su noche de vigilia —que bien pudo ser su última sobre la tierra—, comprendía ahora su verdadera naturaleza. No habla sido más que el paroxismo de su vanidad delirante. De manera que a este hombre, serenado por el victorioso desenlace del duelo, la vida se le antojó desprovista de encantos, simplemente, porque ya nada la amenazaba.

Acercándose a la casa por atrás, pasando por el huerto y el jardín de la cocina, no pudo observar la agitación que reinaba en la parte delantera. No encontró a nadie. Sólo al avanzar cautelosamente por el corredor, se dio cuenta de que ya todos estaban despiertos en la casa y que ésta parecía más bulliciosa que de costumbre. Abajo se llamaba a los criados en un rumor confuso de idas y venidas. Con cierta inquietud observó que la puerta de su propio departamento se encontraba abierta, aunque los postigos permanecían cerrados. Había tenido la esperanza de que su matinal excursión pasara inadvertida. Esperó encontrar algún sirviente que acabara de entrar, pero los rayos del sol, que se filtraban por las rendijas, le permitieron distinguir en el diván un bulto que revelaba la forma de dos mujeres abrazadas. Sollozantes y desolados murmullos brotaban misteriosamente de aquel grupo. El general D'Hubert abrió violentamente los postigos que encontró más a mano. Una de las mujeres se incorporó entonces con precipitación. Era su hermana. Permaneció un momento inmóvil, con el cabello suelto y los brazos levantados, y luego se lanzó hacia él, con un grito ahogado. El la abrazó tratando al mismo tiempo de desprenderse de ella. La otra mujer no se levantaba. Al contrario, parecía agarrarse con más fuerza al diván tratando de ocultar el rostro en los cojines. También llevaba suelto el cabello, de un admirable colorido rubio. El general D'Hubert lo reconoció con intensa emoción. ¡Mademoiselle de Valmassigue! ¡Adèle! ¡Adèle afligida!

Profundamente alarmado, se deshizo definitivamente del abrazo de su hermana. Madame Leonie extendió entonces un bello brazo desnudo que

emergía de las sedas de su *peignoir* y apuntó dramáticamente hacia el diván:

—Esta pobre niña ha corrido aterrorizada desde su casa, dos millas a campo traviesa sin detenerse un instante.

—¿Pero qué ha sucedido? —preguntó en voz baja y agitada el general D'Hubert.

Pero Madame Leonie continuó en el mismo tono enfático:

—Tocó la campanilla, de la reja y despertó a toda la casa…, estábamos durmiendo todavía. Te puedes imaginar qué susto espantoso nos llevamos… Adèle, mi niña querida, siéntate.

La expresión del general D'Hubert no era precisamente la de un hombre en situación de «imaginar» con facilidad. Sin embargo, creyó desentrañar del caos de sus conjeturas que su futura suegra había muerto repentinamente, pero apenas concebida esta idea hubo de rechazarla al punto. No lograba suponer la naturaleza del acontecimiento o catástrofe que había podido inducir a Mademoiselle de Valmassigue, dueña de una casa llena de criados, a llevar las noticias personalmente, corriendo a pie las dos millas que los separaban.

—¿Pero por qué se encuentran en esta pieza? —murmuró sobrecogido.

—Naturalmente vine aquí a ver, y esta niña…, no me di cuenta…, me siguió. Fue todo culpa de ese absurdo chevalier —continuó Madame Leonie, mirando hacia el diván—. Su pelo está en completo desorden. Te imaginarás que no se iba a detener a llamar a su criada para que la peinara antes de partir… Adèle, querida, siéntate… Se lo confesó todo esta mañana a las cinco y media. Ella se habla despertado temprano y abrió los postigos para respirar el aire fresco; entonces lo divisó desplomado sobre un banco, al extremo de la gran avenida. ¡A esta hora…, ya te lo puedes imaginar¡ Y la víspera había declarado que se sentía indispuesto. Se vistió rápidamente y corrió hacia él. Cualquiera se inquietaría por menos. El la adora, pero no en forma muy inteligente. Había permanecido toda la noche, en pie, sin desvestirse y el pobre anciano se encontraba completamente agotado. No estaba, pues, en situación de inventar una historia verosímil… ¡Qué confidente escogiste! Mi marido estaba furioso y dijo: «Ahora no podemos

intervenir». De manera que nos sentamos a esperar. Y esta niña que se vino acá corriendo, con el cabello suelto. Seguramente más de alguien la ha visto en el campo. También despertó a toda la servidumbre. Esto resulta muy comprometedor para ella. Afortunadamente se casan ustedes la próxima semana… Adèle, siéntate. Ha vuelto a casa por sus propios píes… Esperábamos verte llegar sobre angarillas…, ¡o qué sé yo! Anda a ver sí el carruaje está listo. Debo conducir a esta niña a su casa inmediatamente. No conviene que permanezca aquí un minuto más.

El general D'Hubert no se movió. Parecía que no hubiera oído. Madame Leonie cambió de opinión.

—Iré a ver yo misma. También tengo que buscar mí capa… Adèle… —comenzó, pero esta vez no agregó: siéntate.

Salió diciendo en voz muy alta y alegre: —Dejaré la puerta abierta.

El general D'Hubert avanzó hacía el diván, pero entonces Adèle se sentó y esto lo detuvo. Pensó: «No me he lavado esta mañana. Debo tener el aspecto de un viejo vagabundo. Tengo la espalda sucia de tierra y en el pelo briznas de pino». Reflexionó que esta situación requería un gran tacto de su parte.

—Lo lamento muchísimo, *mademoiselle* —empezó vagamente, pero en el acto abandonó esta línea. Ella estaba ahora sentada, con las mejillas más sonrosadas que de costumbre y el pelo muy rubio, cubriéndole los hombros, lo que constituía para el general un cuadro insólito. Se alejó entonces, y mirando por una ventana para darse compostura, dijo con acentos de sincera desesperación:

—Temo que piense usted que he procedido como un loco.

Inmediatamente giró sobre los talones y vio que ella lo había seguido con los ojos. Y cuando se encontraron éstos con su mirada, no los bajó. La expresión de su rostro era también enteramente nueva para él. Era como si se hubieran trastrocado los valores. Ahora los ojos lo contemplaban con grave seriedad, mientras las líneas exquisitas de su boca temblaban en una sonrisa reprimida. Este cambio hacia menos misteriosa, y mucho más accesible a la comprensión del hombre, su extraordinaria belleza. Una maravillosa sensación de bienestar invadió al general… y hasta sus

ademanes participaron de esta confortable experiencia. Avanzó por el cuarto con la misma placentera exaltación que hubiera experimentado al atacar una batería que vomitara muerte, fuego y humo; en seguida se detuvo contemplando sonriente a la joven cuyo matrimonio (que debía celebrarse la próxima semana) había sido cuidadosamente dispuesto por la sabia, la buena, la admirable Leonie.

—¡Ah, *mademoiselle*! —exclamó en tono de gentil lamentación—. ¡Si sólo pudiera estar seguro de que no ha venido usted corriendo esta mañana sólo por afecto a su madre!

Impasible, pero íntimamente emocionado, aguardó la respuesta. Y en un vacilante murmullo, bajando las pestañas en un gesto seductor, ella contestó:

—No es preciso que sea tan *méchant* como insensato.

Entonces el general D'Hubert se precipitó hacia el diván, en un movimiento impetuoso que nada habría podido detener. Este mueble no se encontraba precisamente frente a la puerta. Pero al regresar envuelta en una liviana capa y con un chal sobre el brazo, destinado a ocultar el comprometedor desorden de los cabellos de Adèle, Madame Leonie creyó distinguir la fugaz visión de su hermano arrodillado que se incorporaba.

—Vamos, mi querida niña —gritó desde la puerta.

Nuevamente, dueño de si mismo, en el más amplio sentido de la palabra, el general D'Hubert demostró la viveza de un ingenioso oficial de caballería y las energías de un conductor de hombres.

—No pretenderás que se dirija caminando al carruaje —exclamó con indignación—. No se encuentra en estado de hacerlo. Yo la llevaré en brazos.

Procedió a ello lentamente, seguido de su impresionada y respetuosa hermana, pero rápido como una centella regresó para borrar todas las señales de su noche de angustia y aquella mañana de guerra, y ataviarse en seguida con los festivos ropajes del conquistador antes de dirigirse a la otra casa. De no mediar estás circunstancias, el general D'Hubert se habría sentido capaz de montar un caballo y volar en seguimiento de su adversario con la única intención de abrazarlo como efecto, de su dicha excesiva. "Se

lo debo todo a este estúpido —pensó—. Ha hecho evidente en una sola mañana lo que yo tal vez habría tardado años en descubrir…, pues soy sin duda un tímido. No tengo la menor confianza en mí mismo. Soy un perfecto cobarde. ¡Y el *chevalier*! ¡Qué viejo encantador!" El general D'Hubert anhelaba abrazarlo a él también.

Pero el *chevalier* estaba en cama. Durante varios días estuvo enfermo. Los hombres del Imperio y las damas de la época post-revolucionaria eran demasiado fuertes para él. Se levantó la víspera de la boda y, curioso por naturaleza, llamó aparte a su sobrina para sostener con ella una conversación privada. Le aconsejó que interrogara a su marido sobre el verdadero origen de su lance de honor, cuya imperativa urgencia la puso a ella al borde de la tragedia.

—Como esposa tienes derecho a saber. Y el próximo mes, más o menos, podrás preguntarle cuánto desees averiguar, mi querida niña.

Más tarde, cuando la pareja de desposados acudió a visitar a la madre de la novia, Madame la Générale D'Hubert comunicó a su querido tío la verdadera historia del duelo, obtenida sin mayor dificultad de labios de su marido.

El chevalier escuchó con profunda atención hasta el final, cogió una pulgarada de rapé, sacudió los granos de tabaco de su pechera y preguntó calmosamente:

—¿Y eso era todo?

—Sí, tío —contestó Madame la Générale, abriendo mucho los lindos ojos—. ¿No le parece divertido? *C´est insensé*…¡Pensar de lo que son capaces los hombres!

—¡Mmm! —comentó el anciano *émigré*—. Depende de qué clase de hombres. Esos soldados de Bonaparte eran unos salvajes. Sin duda, es *insensé*. Como esposa, querida, debes creer ciegamente todo lo que tu marido te diga.

Pero al esposo de Leonie, el *chevalier* confió su verdadera opinión:

—Si ésta es la versión que él inventó para su esposa, y durante la luna de miel, puede estar seguro de que nadie conocerá jamás el secreto de este asunto.

Al cabo de un buen tiempo, el general D´Hubert consideró llegada la hora y la oportunidad propicia de escribir al general Feraud. Esta carta comenzaba negando todo sentimiento de animosidad:

"*Nunca deseé su muerte en todos los años que duró nuestra deplorable disputa* —escribió D'Hubert, continuando en estos términos—: *Permítame devolverle íntegramente la prenda de su vida. Seria justo que nosotros, después de haber compartido tantas glorias militares, sostuviéramos públicamente una amistosa relación*."

La misma carta contenía un párrafo de información doméstica. Refiriéndose a este último, el general Feraud contestó, desde una pequeña aldea situada a orillas del Garona, en la siguiente forma:

«Si el nombre de uno de sus hijos hubiera sido Napoleón, José o aún Joaquín, podría felicitarlo del acontecimiento con mayor entusiasmo. Como usted ha considerado oportuno darle los nombres de Charles Henri Armand, me afirmo en mi convicción de que jamás amó al Emperador. La imagen de aquel héroe sublime, encadenado a una roca en medio del bravío océano, resta a tal punto valor a mi vida, que recibirla con placer su orden de volarme los sesos. Me considero privado del honor de suicidarme. Pero conservo la pistola cargada en mi cajón."

Después de leer esta respuesta, Madame la Générale levantó las manos en un gesto de desesperación.

—Ya ves. No quiere reconciliarse —dijo su marido—. Nunca, por ningún motivo, ha de saber de dónde procede el dinero. No estaría bien. No lo podría soportar.

—Eres un *brave homme*, Armand —dijo Madame la Générale, con orgullo.

—Querida, tenía todo derecho a matarlo, pero como no lo hice, no podemos dejarlo morir de hambre. Ha perdido su pensión y es absolutamente incapaz de hacer nada para ganarse el sustento. Tenemos que cuidar de él, secretamente, hasta el último día de su vida. ¿Acaso no 1e debo el momento más dichoso de mi existencia?… ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Dos millas por los campos, corriendo sin cesar¡ No podía creer lo que oía… A no ser por su estúpida ferocidad, habría tardado años en desenmascararte. Es

extraordinario cómo, de un modo u otro, este hombre se las ha arreglado para introducirse en mis más hondos sentimientos.



JOSEPH CONRAD. Józef Teodor Konrad Korzeniowski, más conocido como Joseph Conrad, nació en Berdyczów, entonces Polonia, actual Ucrania, el 3 de diciembre de 1857 y murió en Bishopsbourne, Inglaterra, el 3 de agosto de 1924. Hijo de un escritor y nacionalista polaco, pasó su infancia en el norte de Rusia, al ser condenado su padre al exilio. Marchó a Marsella en 1874 para convertirse en hombre de mar. Trabajó en mercantes franceses hasta que, en 1878, visitó por primera vez Gran Bretaña. A partir de entonces realizó frecuentes viajes por las Indias Occidenales, el océano Índico y el continente australiano. En 1895 abandonó el mar para dedicarse a la literatura.

Su obra explora la vulnerabilidad y la inestabilidad moral del ser humano y está considerado como uno de los grandes novelistas en lengua inglesa, a pesar de que no habló esta lengua de manera fluida hasta después de cumplir los veinte años (y aun así, siempre con marcado acento polaco). Entre sus novelas más famosas, se encuentran *El corazón de las tinieblas* (1899) y *Lord Jim* (1900).